



Lecturas

Quinto grado

Lecturas

Quinto grado



EDUCACIÓN
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Lecturas. Quinto grado. Primaria fue elaborado y editado por la Dirección General de Materiales Educativos de la Secretaría de Educación Pública.

Secretaría de Educación Pública
Esteban Moctezuma Barragán

Subsecretaría de Educación Básica
Marcos Augusto Bucio Mújica

Dirección General de Materiales Educativos
Aurora Almudena Saavedra Solá

Compilación

Leopoldo Cervantes-Ortiz, Olga Correa Inostroza, Modesta García Roa, Adán Hernández Medellín, Laura Emilia Pacheco, Luis de la Peña, Luis Bernardo Pérez, Sharon De la Torre Monterrubio

Producción editorial

Martín Aguilar Gallegos

Preprensa

Citlali María del Socorro Rodríguez Merino

Portada

Diseño: Martín Aguilar Gallegos

Iconografía: Irene León Coxtinica

Imagen: *La zafra (detalle)*, 1923, Diego Rivera (1886-1957), fresco, 4.75 x 2.14 m, ubicado en el Patio del Trabajo, planta baja, D. R. © Secretaría de Educación Pública, Dirección General de Proyectos Editoriales y Culturales/fotografía de Gerardo Landa Rojano; D. R. © 2020 Banco de México, Fiduciario en el Fideicomiso relativo a los Museos Diego Rivera y Frida Kahlo. Av. 5 de Mayo No. 2, col. Centro, Cuauhtémoc, C. P. 06059, Ciudad de México; reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, 2020.

Servicios editoriales

Coordinación editorial
Olga Correa Inostroza

Cuidado de la edición

Modesta García Roa

Diseño editorial y diagramación

Magali Gallegos Vázquez

Corrección

Sara Giambruno Roca

Corrección de pruebas

Antonio Noel Gutiérrez González, Julián Rodríguez

Asistencia editorial

Gabriela Armillas Bojorges

Ilustración

Mariana Alcántara, Diego Álvarez, Israel Barrón, Patricio Betteo, Ángel Campos, Julián Cicero, Juan José Colso, Julia Díaz Garrido, Paloma Díaz, Isidro Esquivel, Ixchel Estrada, Ricardo Figueroa Cisneros, Alex Herrerías, Claudia Legnazzi, Diego Molina, Claudia Navarro, Gabriela Podestá, Tania Recio, Luis San Vicente, Mauricio Torres Rivera, Cecilia Varela

Primera edición, 2020 (ciclo escolar 2020-2021)

D. R. © Secretaría de Educación Pública, 2020,
Argentina 28, Centro,
06020, Ciudad de México

ISBN: 978-607-551-401-7

Impreso en México

DISTRIBUCIÓN GRATUITA-PROHIBIDA SU VENTA

En los materiales dirigidos a las educadoras, las maestras, los maestros, las madres y los padres de familia de educación preescolar, primaria y secundaria, la Secretaría de Educación Pública (SEP) emplea los términos: niño(s), adolescente(s), jóvenes, alumno(s), educadora(s), maestro(s), profesor(es), docente(s) y padres de familia aludiendo a ambos géneros, con la finalidad de facilitar la lectura. Sin embargo, este criterio editorial no demerita los compromisos que la SEP asume en cada una de las acciones encaminadas a consolidar la equidad de género.

Agradecimientos

La Secretaría de Educación Pública (SEP) agradece a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) y a la Academia Mexicana de la Lengua por su participación en la elaboración de este libro.

Presentación

Este libro de texto fue elaborado para cumplir con el anhelo compartido de que en el país se ofrezca una educación con equidad y excelencia, en la que todos los alumnos aprendan, sin importar su origen, su condición personal, económica o social, y en la que se promueva una formación centrada en la dignidad humana, la solidaridad, el amor a la patria, el respeto y cuidado de la salud, así como la preservación del medio ambiente.

En su elaboración han participado maestras y maestros, autoridades escolares, expertos y académicos; su participación hizo posible que este libro llegue a las manos de todos los estudiantes del país. Con las opiniones y propuestas de mejora que surjan del uso de esta obra en el aula se enriquecerán sus contenidos, por lo mismo los invitamos a compartir sus observaciones y sugerencias a la Dirección General de Materiales Educativos de la Secretaría de Educación Pública y al correo electrónico: librosdetexto@nube.sep.gob.mx.

Índice

Ser lectores	7
¿Quién me compra una naranja? <i>José Gorostiza</i>	8
Querido lector. <i>Ursula K. Le Guin</i>	11
El rey del desierto. <i>Anónimo</i>	12
Un buen sueño. <i>Eliseo Diego</i>	15
Carta a un zapatero que compuso mal unos zapatos. <i>Juan José Arreola</i>	17
Discurso del oso. <i>Julio Cortázar</i>	22
El horror de Dunwich. <i>H. P. Lovecraft</i>	24
Ireta. <i>Rubí Celia Huerta Norberto</i>	26
Pueblo. <i>Rubí Celia Huerta Norberto</i>	27
Monos. <i>Rafael Martín del Campo</i>	29
Diccionario poético 1. <i>Jorge Cuesta, Eduardo Lizalde, Véronique Bergen</i>	31
Blanca Nieve en la casa de los enanos. <i>Gabriela Mistral</i>	32
Los sustitutos. <i>Bernard Pechberty</i>	38
El guardador de rebaños. <i>Fernando Pessoa</i>	39
Sung Ting atrapa a un fantasma. <i>Anónimo</i>	41
Las campanas. <i>Rosalía de Castro</i>	44
Del pasado remoto. <i>Salvador Novo</i>	45
Las medias de los flamencos. <i>Horacio Quiroga</i>	47
Elegía del niño marinero. <i>Rafael Alberti</i>	54
Píramo y Tisbe. <i>Ovidio</i>	56
La jarra de miel. <i>Anónimo</i>	60
Diccionario poético 2. <i>Jorge Luis Borges, Ida Vitale, Augusto Monterroso</i>	62

Caligrama. <i>José Juan Tablada</i>	63
El dragón. <i>Ray Bradbury</i>	65
Despedida de un paisaje. <i>Wisława Szymborska</i>	71
Microrrelatos 1. <i>Alejandra Pizarnik, Alfonso Reyes</i>	72
Filosofía. <i>Rubén Darío</i>	73
Tiyantiztli. <i>Fray Toribio de Benavente, Motolinía</i>	74
El bosque del haikú. <i>José Juan Tablada, Francisco Monterde, Rafael Lozano, Josefina Esparza Soriano</i>	76
El murciélago. <i>Anónimo</i>	78
Calor. <i>Yannis Ritsos</i>	80
De alta mar. <i>Colette Nys-Mazure</i>	81
Romance de la luna, luna. <i>Federico García Lorca</i>	82
Serpiente de fuego. <i>Carmen Leñero</i>	85
Huellas de luz. <i>Coral Bracho</i>	92
Artefacto. <i>Nicanor Parra</i>	93
Vida de insecto. <i>Renato Gómez Herrera</i>	95
El perro que deseaba ser un ser humano. <i>Augusto Monterroso</i>	97
Caprichos. <i>Jaime Sabines</i>	98
Las pequeñas memorias. <i>José Saramago</i>	101
Microrrelatos 2. <i>León Tolstói, Franz Kafka</i>	105
La pobre viejecita. <i>Rafael Pombo</i>	106
El rey sapo, o Heinrich el de los hierros. <i>Hermanos Grimm</i>	109
Diccionario poético 3. <i>Octavio Paz, Paul Auster, Xavier Villaurrutia</i>	116
En las playas. <i>Rabindranath Tagore</i>	117
Ntuchinuu. <i>Nadia López García</i>	118
Ojos. <i>Nadia López García</i>	119
El hombre que contaba historias. <i>Oscar Wilde</i>	120
La tortuga y la hormiga. <i>José Joaquín Fernández de Lizardi</i>	122
Moby Dick. <i>Herman Melville</i>	125

El Potro Oscuro. <i>Miguel Hernández</i>	129
Grillo y la yegua perdida. <i>Anónimo</i>	132
El perro vagabundo. <i>Carlos Pezoa Véliz</i>	134
Microrrelatos 3. <i>Mariana Frenk-Westheim, Mariano Silva y Aceves</i>	135
Las gotas de agua. <i>Vicente Riva Palacio</i>	136
La conquista del fuego. <i>Anónimo</i>	139
Rig Veda. <i>Anónimo</i>	143
Viaje al centro de la Tierra. <i>Julio Verne</i>	145
Ándeme yo caliente y ríase la gente. <i>Luis de Góngora</i>	148
Juan sin cabeza. <i>Leonora Carrington</i>	150
Poemínimos. <i>Efraín Huerta</i>	152
Glosario	154
Bibliografía	156
Créditos iconográficos	159

Ser lectores

En este libro, como en otros de texto, hay algunas palabras que aparecen destacadas. Al final, en una sección que se titula *Glosario*, esas palabras están acomodadas en una lista, en orden alfabético, y van acompañadas de su significado, de lo que quieren decir según están usadas en este libro. Porque las palabras no significan siempre lo mismo: una cosa es decir *tengo dos manos* y otra, muy diferente, *le aplicamos a la mesa dos manos de pintura*, y así sucesivamente (¿se te ocurre otra?).

El Glosario es una parte importantísima de tu libro. Porque lo más importante de leer es *entender* lo que se lee. Cuando no comprendemos una frase, un párrafo, la página de algún libro, no estamos leyendo, estamos simulando, hacemos como que leemos. Así, nuestra mayor preocupación debe ser entender, comprender las palabras que tenemos enfrente y lo que dicen cuando se juntan.

¿Y si nos encontramos una palabra que no entendemos y resulta que no viene en el Glosario? Pues debemos ir a un diccionario. Para que los diccionarios nos sirvan, hace falta que aprendamos a usarlos. Por eso, al abrir uno deberíamos estar acompañados por nuestra madre, o nuestro padre, o por alguna o alguno de nuestros maestros, o alguien que sepa usarlo. Ayuda, para aprender a manejarlos, que nuestras visitas a ellos sean frecuentes; así como que nos acostumbremos a leer todos los días, por un buen rato, además de los libros de texto, otros sobre temas que nos interesan: los animales, los planetas, los mayas, los grandes músicos o inventores... cuentos, novelas y poemas.

Si lees todos los días, si te esfuerzas por entender todo lo que llegue a tus manos, tus conocimientos y tu comprensión seguirán creciendo. Y este libro te será especialmente útil para que avances en esa dirección.

Felipe Garrido
Académico de número
Academia Mexicana de la Lengua

¿Quién me compra una naranja?

José Gorostiza

¿Quién me compra una naranja
para mi consolación?
Una naranja madura
en forma de corazón.

La sal del mar en los labios
¡ay de mí!
La sal del mar en las venas
y en los labios recogí.

Nadie me diera los suyos
para besar.
La blanda espiga de un beso
yo no la puedo segar.



Nadie pidiera mi sangre
para beber.
Yo mismo no sé si corre
o si deja de correr.

Como se pierden las barcas
¡ay de mí!
como se pierden las nubes
y las barcas, me perdí.

Y pues nadie me lo pide,
ya no tengo corazón.
¿Quién me compra una naranja
para mi consolación?





Querido lector

Ursula K. Le Guin

Querido lector:

La mayoría de los dragones no saben leer. Los dragones **sisean** y lanzan fuego, y cuidan sus tesoros.

Un apetitoso caballero es lo que desean para cenar (pero la espada la escupen), después, satisfechos, se van a dormir sobre sus montañas de tesoros.

Los dragones no sienten gusto por la palabra escrita.

Pero yo aprendí pronto a sentir placer en la lectura de cuentos y poesía, y bien pronto, supe que prefería leer un libro a combatir contra caballeros.

Yo vivía de pastel de manzana y té, que una gentil dama preparaba para mí, y todos mis días y la mitad de mis noches, los pasaba leyendo libros de historias, una vida más emocionante de lo que pudiera parecer.

Ahora que soy viejo y no puedo leer, la hija menor de aquella gentil dama viene cada día a leer para mí, una niña alegre, llamada Valentina.

Los dos somos tan felices como se puede ser, entre los tesoros que he apilado en cerros alrededor de mi árbol de manzanas. Ningún otro dragón cuida enroscado en torno de riquezas como las mías, mi botín de palabras, mi querida biblioteca: ¡Porque cada libro contiene un mundo!

Sinceramente tuyo,
Bedraug (Primo segundo de Smaug) 

El rey del desierto

Anónimo

Cuentan por ahí que un grupo de animales se reunió en medio del desierto para organizar un concurso. Allí estaban un águila, un **juancito**, una iguana, una tarántula, una culebra y un camaleón; todos tan ansiosos que nadie paraba de hablar, hasta que el águila se subió a un **sahuaro** y les dijo:

—¡Ey, animales! Vamos a iniciar el concurso. Veremos quién es el más listo, cuando yo dé la orden, todos corren a esconderse, luego los voy a buscar y al que encuentre al último será el ganador.

—¿Y cuál va a ser el premio? —preguntó la iguana.

—Una corona —contestó el juancito—. El ganador la llevará para siempre, así todos sabremos que por ser el más listo, es el rey del desierto.

Así, el águila les dijo:

—Voy a cerrar los ojos y a contar hasta diez. Luego empezaré a buscarlos.

¡Uno, dos, tres...!

Todos los animales corrieron a esconderse donde según ellos nadie los encontraría. Unos hacían hoyos en la arena, otros detrás de las biznagas y otros entre las piedras. Por fin el águila terminó de contar y comenzó a buscar; a la primera que encontró fue a la culebra.

—¡Ya te vi, culebra, sal de ahí!

—¡Ay, no! Por favor, deja que me vuelva a esconder. ¡Todos van a decir que soy una mensa! —gritó la culebra.

—Ni modo, ya perdiste —le contestó el águila y siguió buscando a los demás.

Así encontró a la iguana trepada en una piedra, al juancito en un hoyo y a la tarántula entre las biznagas.

—Bueno —dijo el águila— como la tarántula fue la última en aparecer es la ganadora.

Todos aplaudieron y estuvieron de acuerdo, menos la culebra. Iban a ponerle la corona a la tarántula cuando de pronto se escuchó un silbido.

—¡A mí ni me vean! —dijo la culebra—. Seré envidiosa pero no sé chiflar...

—¡Oigan, aquí falta alguien! —interrumpió el juancito—. ¿Dónde está el camaleón?

—¡Sí, es cierto! ¿Dónde estará? —se preguntaron unos a otros.





—¡Fiiiiiu! —chifló el camaleón—. Aquí estoy, en medio de ustedes.

—¿Pero, cómo le hiciste? —le dijo la tarántula.

—Lo único que hice fue quedarme parado y como vi que todos se escondieron muy rápido me dio tanta vergüenza que empecé a ponerme de varios colores, hasta que me quedé del color de la tierra.

—¡Ah, no! —protestó la culebra—. Él no puede ser el ganador, aunque haya aparecido al último, ni siquiera buscó dónde meterse.

—¡Sí, sí! ¡No se vale! —gritaron los otros animales.

—¡A ver, silencio! —dijo el águila—. Como nadie está conforme, que el camaleón nos demuestre cómo le hizo, así veremos si le corresponde el triunfo o no.

Entonces, todos los animales se pusieron muy contentos y en sus meras narices vieron cómo desapareció el camaleón.

—¡Ohhh! ¡Ahh! ¿Dónde está? —se decían.

—Estoy en medio de ustedes. No me he movido. Fíjense, voy a abrir un ojo para que me vean.

—¡Es cierto, allí está! —gritó la iguana muy sorprendida, mientras los demás animales aplaudían.

—¡Guácala! —protestó la culebra—. ¡Tramposos! ¡Ya no juego! Y se fue del lugar haciendo gestos y muecas.

Desde entonces el camaleón cambia de color nada más oye o ve algo, pues teme que la culebra quiera robarle su corona. Por el contrario, la envidiosa culebra ve a alguien y saca la lengua, pues sigue resentida con todos los animales. 🦋

(Relato popular de Sonora.)

Un buen sueño

Eliseo Diego

A gusto duerme el gato
en torno de sí mismo:
de pata y lomo a cola
es él y da lo mismo.

Pues se ha dormido todo,
nariz, bigote y ceja.
¿Dormido todo? Bueno...
¡de guardia hay una oreja!





Carta a un zapatero que compuso mal unos zapatos

Juan José Arreola

Estimable señor:

Como he pagado a usted tranquilamente el dinero que me cobró por reparar mis zapatos, le va a extrañar sin duda la carta que me veo precisado a dirigirle.

En un principio no me di cuenta del desastre ocurrido. Recibí mis zapatos muy contento, asegurándoles una larga vida, satisfecho por la economía que acababa de realizar: por unos cuantos pesos, un nuevo par de calzado. (Éstas fueron precisamente sus palabras y puedo repetir las.)

Pero mi entusiasmo se acabó muy pronto. Llegado a casa examiné detenidamente mis zapatos. Los encontré un poco deformes, un tanto duros y resecos. No quise conceder mayor importancia a esta **metamorfosis**. Soy razonable. Unos zapatos **remontados** tienen algo de extraño, ofrecen una nueva fisonomía, casi siempre deprimente.

Aquí es preciso recordar que mis zapatos no se hallaban completamente arruinados. Usted mismo les dedicó frases elogiosas por la calidad de sus materiales y por su perfecta hechura. Hasta puso muy alto su marca de fábrica. Me prometió, en suma, un calzado flamante.

Pues bien: no pude esperar hasta el día siguiente y me descalcé para comprobar sus promesas. Y aquí estoy, con los pies doloridos, dirigiendo a usted una carta, en lugar de transferirle las palabras violentas que **suscitaron** mis esfuerzos infructuosos.

Mis pies no pudieron entrar en los zapatos. Como los de todas las personas, mis pies están hechos de una materia blanda y sensible. Me



encontré ante unos zapatos de hierro. No sé cómo ni con qué artes se las arregló usted para dejar mis zapatos inservibles. Allí están, en un rincón, guiñándome burlonamente con sus puntas torcidas.

Cuando todos mis esfuerzos fallaron, me puse a considerar cuidadosamente el trabajo que usted había realizado. Debo advertir a usted que carezco de toda instrucción en materia de calzado. Lo único que sé es que hay zapatos que me han hecho sufrir, y otros, en cambio, que recuerdo con ternura: así de suaves y flexibles eran.

Los que le di a componer eran unos zapatos admirables que me habían servido fielmente durante muchos meses. Mis pies se hallaban en ellos como pez en el agua. Más que zapatos, parecían ser parte de mi propio cuerpo, una especie de envoltura protectora que daba a mi paso firmeza y seguridad. Su piel era en realidad una piel mía, saludable y resistente. Sólo que daban ya muestras de fatiga. Las suelas sobre todo: unos amplios y profundos adelgazamientos me hicieron ver que los zapatos se iban haciendo extraños a mi persona, que se acababan. Cuando se los llevé a usted, iban ya a dejar ver los calcetines.

También habría que decir algo acerca de los tacones: piso defectuosamente, y los tacones mostraban huellas demasiado claras de este



antiguo vicio que no he podido corregir. Quise, con espíritu ambicioso, prolongar la vida de mis zapatos. Esta ambición no me parece censurable: al contrario, es señal de modestia y entraña una cierta humildad. En vez de tirar mis zapatos, estuve dispuesto a usarlos durante una segunda época, menos brillante y lujosa que la primera. Además, esta costumbre que tenemos las personas modestas de renovar el calzado es, si no me equivoco, el *modus vivendi* de las personas como usted.

Debo decir que del examen que practiqué a su trabajo de reparación he sacado muy feas conclusiones. Por ejemplo, la de que usted no ama su oficio. Si usted, dejando aparte todo resentimiento, viene a mi casa y se pone a contemplar mis zapatos, ha de darme toda la razón. Mire usted qué costuras: ni un ciego podía haberlas hecho tan mal. La piel está cortada con inexplicable descuido: los bordes de las suelas son irregulares y ofrecen peligrosas aristas. Con toda seguridad, usted carece de hormas en su taller, pues mis zapatos ofrecen un aspecto indefinible. Recuerde usted, gastados y todo, conservaban ciertas líneas estéticas. Y ahora...

Pero introduzca usted su mano dentro de ellos. Palpará usted una caverna **siniestra**. El pie tendrá que transformarse en reptil para entrar. Y de pronto un tope; algo así como un quicio de cemento poco antes de

llegar a la punta. ¿Es posible? Mis pies, señor zapatero, tienen forma de pies, son como los suyos, si es que acaso usted tiene extremidades humanas.

Pero basta ya. Le decía que usted no le tiene amor a su oficio y es cierto. Es también muy triste para usted y peligroso para sus clientes, que por cierto no tienen dinero para derrochar.

A propósito: no hablo movido por el interés. Soy pobre pero no soy mezquino. Esta carta no intenta abonarse la cantidad que yo le pagué por su obra de destrucción. Nada de eso. Le escribo sencillamente

para exhortarle a amar su propio trabajo. Le cuento la tragedia

de mis zapatos para infundirle respeto por ese oficio

que la vida ha puesto en sus manos; por ese oficio

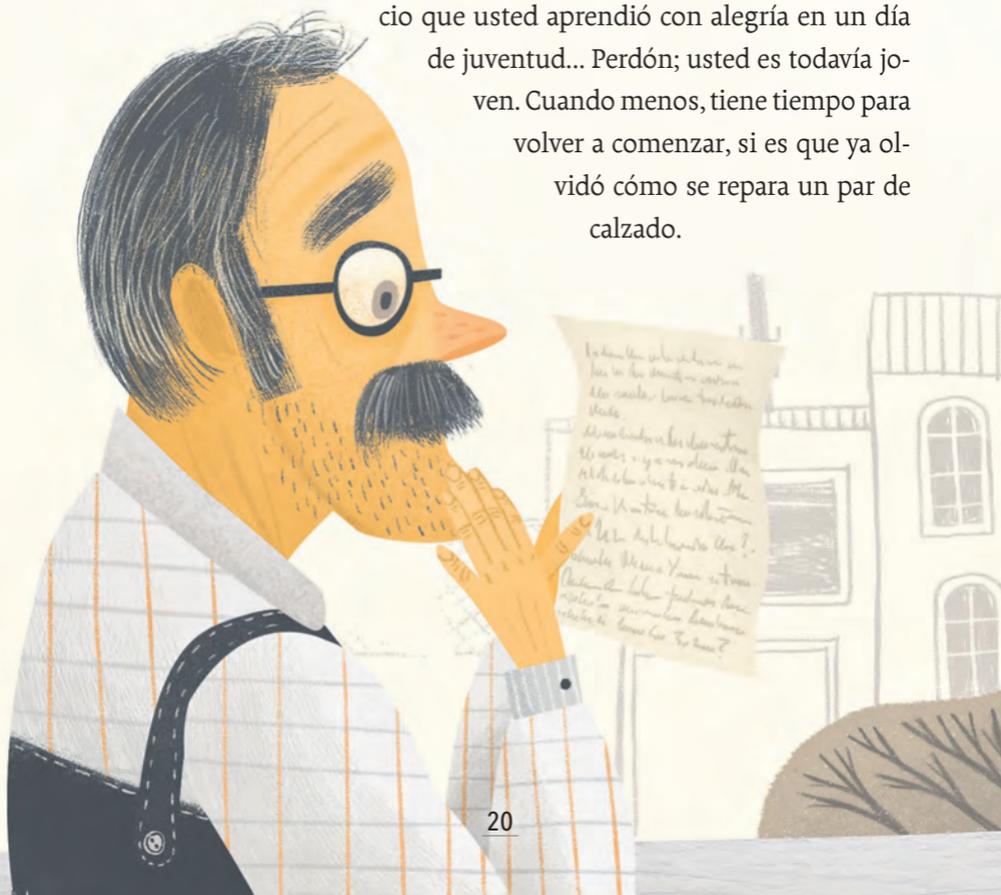
que usted aprendió con alegría en un día

de juventud... Perdón; usted es todavía joven.

Cuando menos, tiene tiempo para

volver a comenzar, si es que ya olvidó

cómo se repara un par de calzado.



Nos hacen falta buenos artesanos, que vuelvan a ser los de antes; que no trabajen solamente para obtener el dinero de los clientes, sino para poner en práctica las sagradas leyes del trabajo. Esas leyes que han quedado **irremisiblemente** burladas en mis zapatos.

Quisiera hablarle del artesano de mi pueblo, que remendó con dedicación y esmero mis zapatos infantiles. Pero esta carta no debe catequizar a usted con ejemplos.

Sólo quiero decirle una cosa: si usted, en vez de irritarse, siente que algo nace en su corazón y llega como un reproche hasta sus manos, venga a mi casa y recoja mis zapatos, intente en ellos una segunda operación, y todas las cosas quedarán en su sitio.

Yo le prometo que si mis pies logran entrar en los zapatos, le escribiré una hermosa carta de gratitud, presentándolo en ella como hombre cumplido y modelo de artesanos.

Soy sinceramente su servidor. 

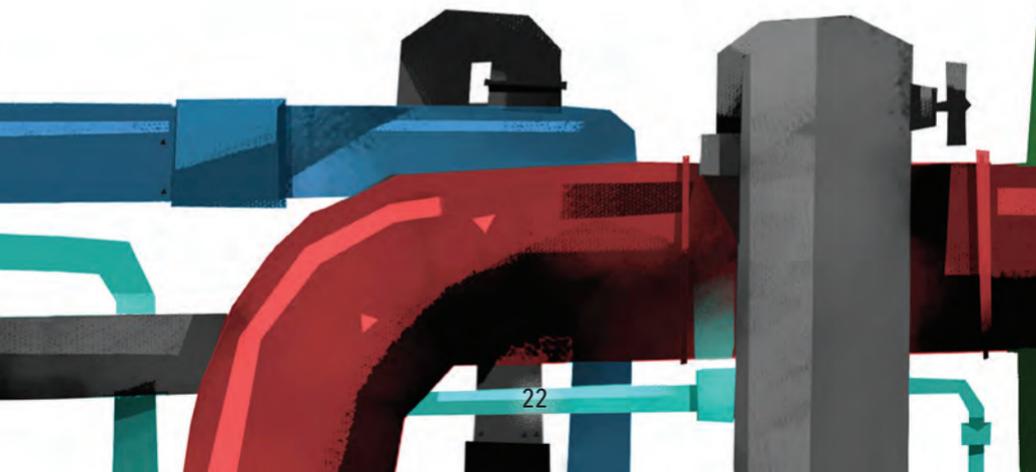


Discurso del oso

Julio Cortázar

Soy el oso de los caños de la casa, subo por los caños en las horas de silencio, los tubos de agua caliente, de la calefacción, del aire fresco, voy por los tubos de departamento en departamento y soy el oso que va por los caños.

Creo que me estiman porque mi pelo mantiene limpios los conductos, incesantemente corro por los tubos y nada me gusta más que pasar de piso en piso resbalando por los caños. A veces saco una pata por la **canilla** y la muchacha del tercero grita que se ha quemado, o gruño a la altura del horno del segundo y la cocinera Guillermina se queja de que el aire tira mal. De noche ando callado y es cuando más ligero ando, me asomo al techo por la chimenea para ver si la luna baila arriba, y me dejo resbalar como el viento hasta las calderas del sótano. Y en verano nado de noche en la cisterna picoteada de estrellas, me lavo la cara primero con una mano después con la otra, después con la dos juntas, y eso me produce una grandísima alegría.



Entonces resbalo por todos los caños de la casa, gruñendo y contento, y los matrimonios se agitan en sus camas y deploran la instalación de las tuberías. Algunos encienden la luz y escriben un papelito para acordarse de protestar cuando vean al portero. Yo busco la canilla que siempre queda abierta en algún piso, por allí saco la nariz y miro la oscuridad de las habitaciones donde viven esos seres que no pueden andar por los caños, y les tengo algo de lástima al verlos tan torpes y grandes, al oír cómo roncan y sueñan en voz alta, y están tan solos. Cuando de mañana se lavan la cara, les acaricio las mejillas, les lamo la nariz y me voy, vagamente seguro de haber hecho bien. 



El horror de Dunwich

H. P. Lovecraft

Por el mes de enero, entre los rumores que corrían por el pueblo se hacía mención de que el “rapaz negro de Lavinia” había comenzado a hablar, cuando apenas contaba once meses. Su lenguaje era impresionante, tanto porque se diferenciaba de los acentos normales que se oían en la región como por la ausencia del balbuceo infantil apreciable en muchos niños de tres y cuatro años. No era una criatura parlanchina, pero cuando se ponía a hablar parecía expresar algo inaprensible y totalmente desconocido para los vecinos de Dunwich. La extrañeza no radicaba en cuanto decía ni en las sencillas expresiones a que recurría, sino que parecía guardar una vaga relación con el tono o con los órganos vocales productores de los sonidos silábicos.



Sus facciones se caracterizaban, asimismo, por una nota de madurez, pues si bien tenía en común con su madre y abuelo la falta de mentón, la nariz, firme y precozmente perfilada, junto con la expresión de los ojos —grandes, oscuros y de rasgos latinos—, hacían que pareciese casi adulto y dotado de una inteligencia fuera de lo común. Pese a su aparente brillantez, era, empero, rematadamente feo. Desde luego, algo de **chotuno** o animal había en sus carnosos labios, en su tez amarillenta y porosa, en su áspero y desgreñado pelo y en sus orejas increíblemente alargadas. Pronto la gente empezó a sentir aversión hacia él, de forma incluso más marcada que hacia su madre y abuelo, y todo cuanto sobre él se aventuraban a decir se hallaba salpicado de referencias al pasado de brujo del viejo Whateley y a cómo retumbaron las montañas cuando profirió a pleno pulmón el espantoso nombre de *Yog-Sothoth*, en medio de un círculo de piedras y con un gran libro abierto entre sus manos. Los perros se enfurecían ante la sola presencia del niño, hasta el punto de que continuamente se veía obligado a defenderse de sus amenazadores ladridos. 🍷



Iréta

Rubí Celia Huerta Norberto

Iréta sapiraticha,
Iapurhu jarasti
Ainkiruka k'umanchikuecha no ojtsiaka
xanharucha mındakuarhisindi
jukaskari jakankurhikua
Uandakua ma etsakurisindi
K'uírípu jimini anapu
Ambakisti echeriri unasti
Juchiti iréta
Xándisti juchiti iréta
Patsasindi uekatsemakua tsítsikicharu
tsakapuecharhu
Jimini anapu k'uiripu
p'urhéjkukua jinkoni uarhípenhasindi
Echerirhu anapueskajchi
no k'uirhipitaru
enmanka jatsiaka para echerirhu kunkuarhenitani...

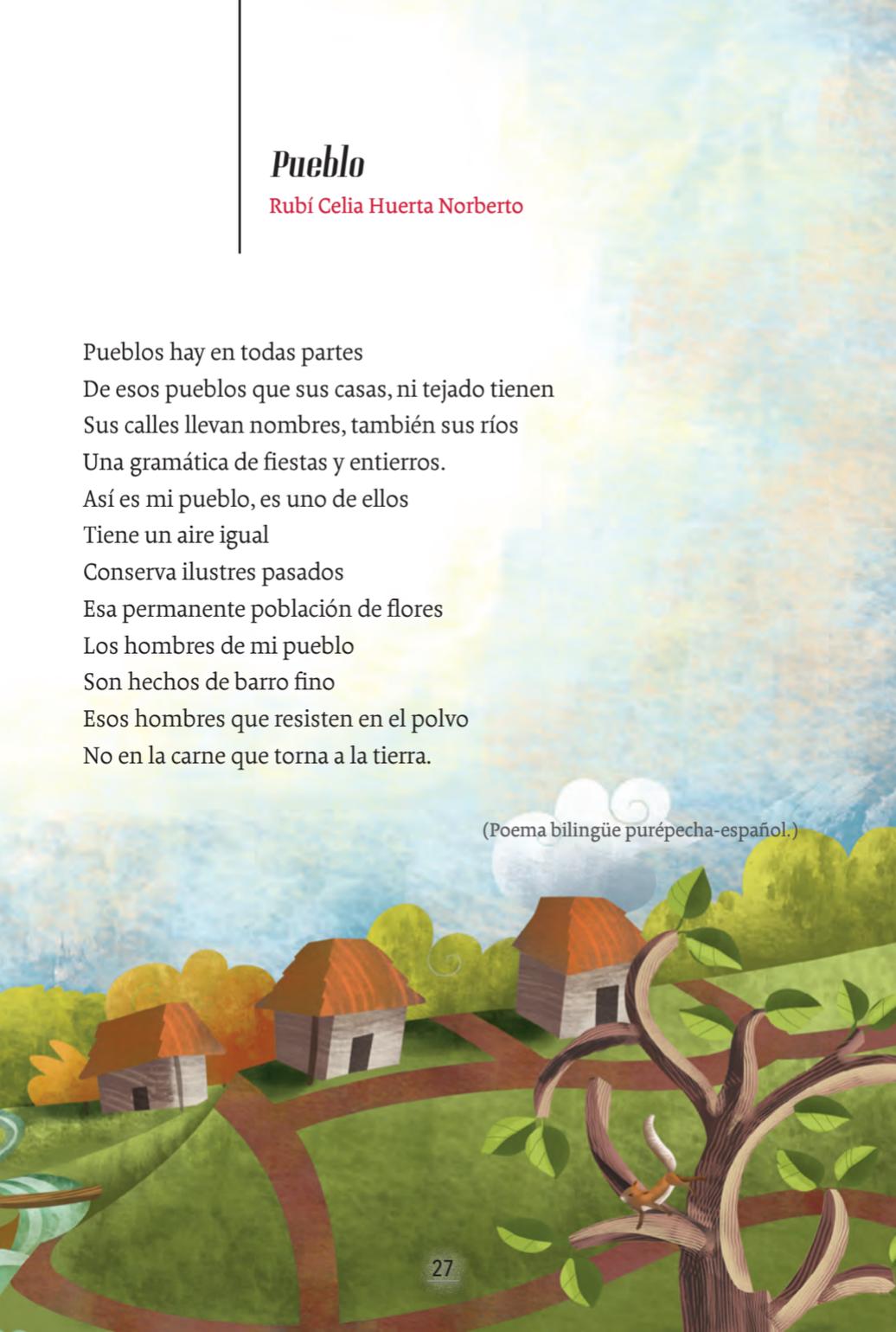


Pueblo

Rubí Celia Huerta Norberto

Pueblos hay en todas partes
De esos pueblos que sus casas, ni tejado tienen
Sus calles llevan nombres, también sus ríos
Una gramática de fiestas y entierros.
Así es mi pueblo, es uno de ellos
Tiene un aire igual
Conserva ilustres pasados
Esa permanente población de flores
Los hombres de mi pueblo
Son hechos de barro fino
Esos hombres que resisten en el polvo
No en la carne que torna a la tierra.

(Poema bilingüe purépecha-español.)







Monos

Rafael Martín del Campo

Mono se dice ozomatli en náhuatl. Así se llama también uno de los días del antiguo calendario mexicano.

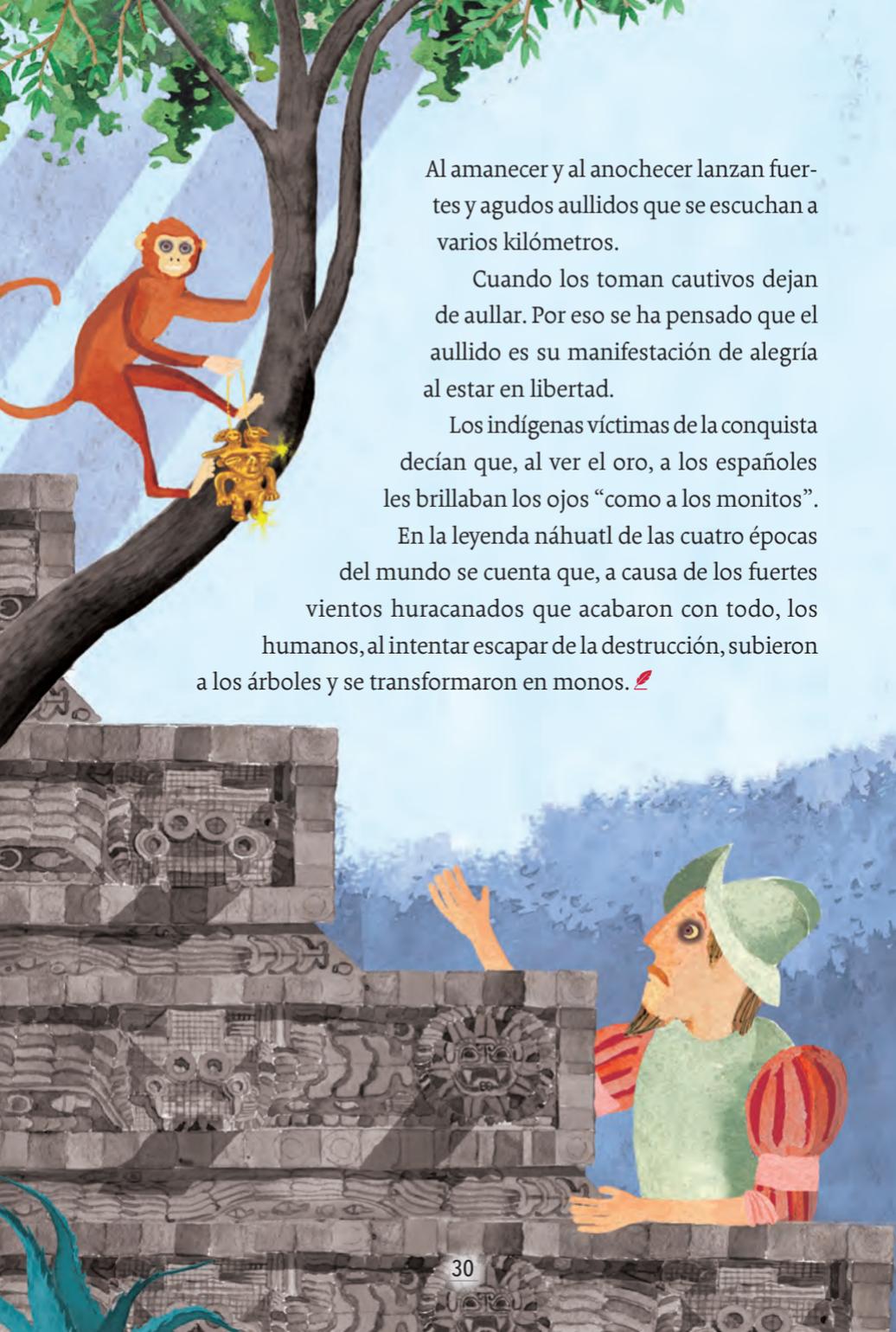
Los monos del Nuevo Mundo, América, son de nariz aplanada y se les llama platirrinos. Los del Viejo Mundo tienen la nariz prominente; se llaman catarrinos. En México tenemos dos especies de platirrinos: los monos aulladores o saraguatos y los monos araña. Tanto el hombre como los monos pertenecemos al orden primates de los mamíferos.

El mono araña vive en grupos de diez a cincuenta individuos guiados por el más viejo. Habitan los bosques de las regiones cálidas.

Son de tamaño mediano, cuerpo esbelto, patas largas y delgadas, y tienen una larga cola que usan como si fuera un brazo más, para suspenderse de las ramas y balancearse. Tienen pelo negro en todo el cuerpo, y blanco en el pecho y en el vientre. Su cabeza es pequeña y de vivísimos ojos negros.

Comen hojas, frutas y raíces. La hembra da a luz generalmente un hijo; en raros casos, dos. Cuando el hijo es atacado, la hembra lo defiende con fiereza. Los machos protegen a la manada. Sus principales enemigos son el hombre, el jaguar, el puma y las serpientes. Si son atacados por algún cazador, trepan a las copas de los árboles más altos, y desde allí arrojan palos y ramas contra su perseguidor. Cuando los atrapan de pequeños, se encariñan con sus amos. Imitan lo que ven hacer.

Los monos saraguatos habitan las mismas regiones que el mono araña. Son más robustos y su pelaje negro presenta tonos rojizos en el vientre y las patas.



Al amanecer y al anochecer lanzan fuertes y agudos aullidos que se escuchan a varios kilómetros.

Cuando los toman cautivos dejan de aullar. Por eso se ha pensado que el aullido es su manifestación de alegría al estar en libertad.

Los indígenas víctimas de la conquista decían que, al ver el oro, a los españoles les brillaban los ojos “como a los monitos”.

En la leyenda náhuatl de las cuatro épocas del mundo se cuenta que, a causa de los fuertes vientos huracanados que acabaron con todo, los humanos, al intentar escapar de la destrucción, subieron a los árboles y se transformaron en monos. 🍌

Diccionario poético 1

Mano: Imita al árbol sus ramas.

Jorge Cuesta



Rosa: León recién nacido: melena
blanda, garras, fauces infantiles.

Eduardo Lizalde



Color: El color piensa letra
y goza luz.

Véronique Bergen





Blanca Nieve en la casa de los enanos

Gabriela Mistral

De la barranca, la niña
miró a la loma cercana;
ya se apretaba la noche
como una negra **cuajada**.

En lo alto de una loma
está encendida una casa,
y pestaña en la sombra
como una madre que llama.

Blanca Nieve sube, sube,
y golpea **atribulada**.
Todo sigue en el silencio,
que la casa está encantada;
tan sólo laten adentro,
dulcemente, siete lámparas.

La niña empuja la puerta;
se le abre como dos alas.
La casa sigue tan muda
como si ha siglos callara.
Blanca Nieve va pasando
con temblor, de sala en sala.





Hay un comedor pequeño,
que en cien aromas se exhala.
En la mesa hay siete platos;
en los platos siete viandas;
junto a ellos, dobladitas,
siete servilletas blancas;
hay siete ramos de flores;
siete ampollas de sal cándida;
siete sillas chiquititas,
del porte de una castaña;
en las sillas siete paños
con siete cifras grabadas,
y la paz que hay en los sueños,
en la casa se derrama.

Y Blanca Nieve la mesa
mira, contenida y pálida.
Tiene un hambre tan tremenda,
que todo lo devorara;
pero sólo va pasando,
como un ladrón, empinada,
y despunta un bocadito
de cada sabrosa vianda...

Aunque tiembla del espanto,
va siguiendo a la otra sala.
Hay un dormitorio blanco
que cabe en una mirada,
y tiene siete camitas



tan suaves como la nata;
son del largo de un jazmín
las menuditas almohadas;
las colchas son siete hojas
de una col encenizada.
Con qué miedo Blanca Nieve
se va acercando y las palpa,
y sonrío cuando ve
que no se le desbaratan.
Elige una que está oculta
y se tiende fatigada,
como una gota de agua
que en otra gota descansa.



Duérmese profundamente,
y su respirar se apaga;
se le oye el corazón
como grillo en una caja.
Llegaron los siete enanos.
Riendo entran en la casa,
y se sientan a la mesa
y se cruzan sus miradas.



- ¿Quién se ha sentado en mi silla?
- ¿Y quién probó de mi vianda?
- ¿Y quién pellizó mi pan?
- ¿Y quién mordió mi tostada?
- ¿Quién cambió mi tenedor?
- ¿Quién dio más luz a mi lámpara?



—¿Y quién probó de mi vino?
—¿Quién vació mi limonada?
Gritan todos, y el asombro
sus breves ojos agranda,
y van hacia el dormitorio,
llevando sus siete lámparas.
Y van entrando miedosos,
y va a estallar su **algazara**:

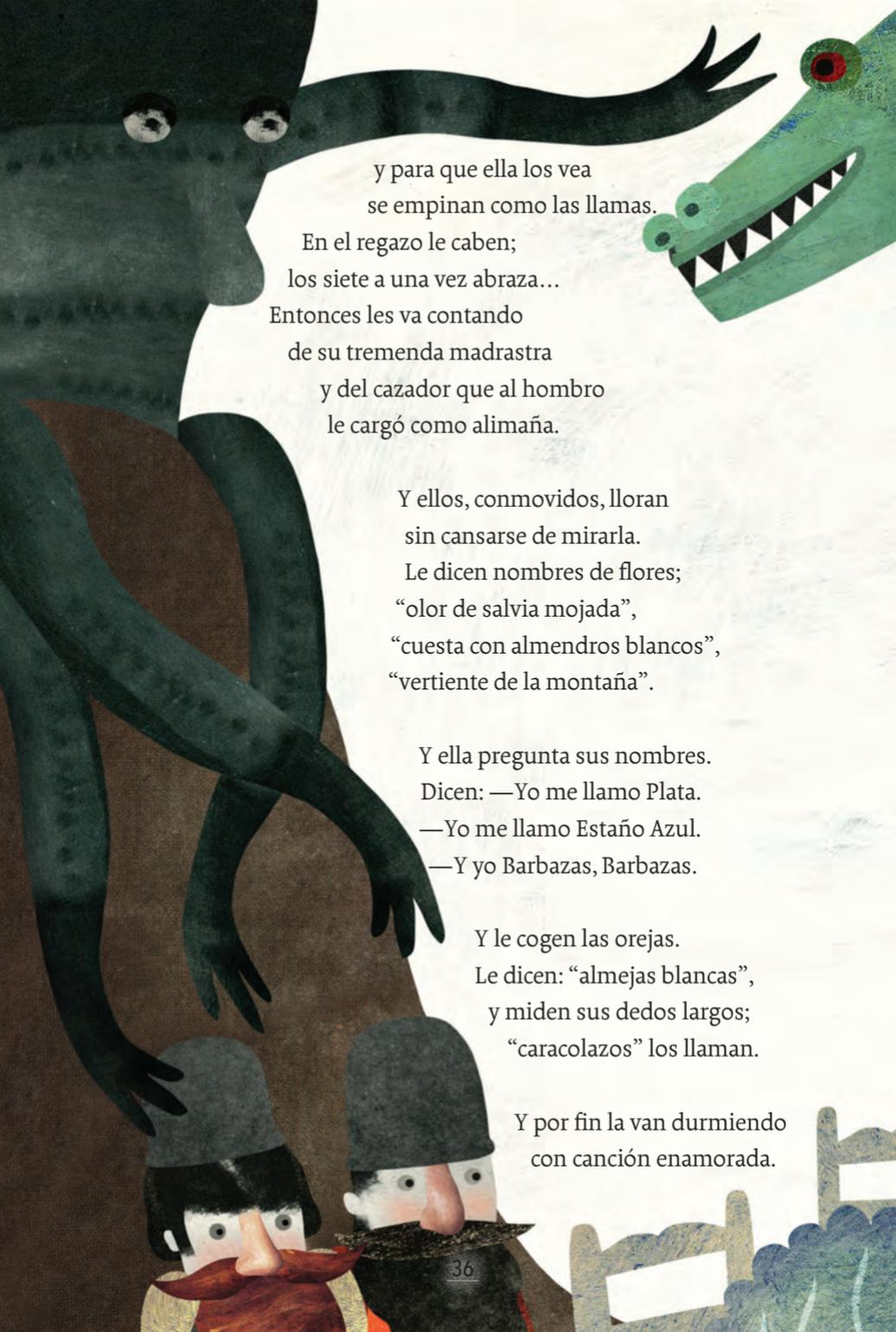
—¡Alguien se acostó en mi lecho!
¡Han movido las almohadas!
Y grita uno desde el fondo:
—¡Hay una niña en mi casa!

Corren con sus siete luces
los enanos a mirarla,
y le hacen una aureola
grande junto a la cara.

—¡Ay, qué hermosa! —dicen todos—
y qué grande, es como un haya.
Y uno le toca las sienes,
otro le mide la espalda,
y Blanca Nieve, por fin,
despierta entre la **algarada**.
Los va mirando, mirando,
y su risa se desata.

Son pequeños como siete
almendritas claveteadas,





y para que ella los vea
se empinan como las llamas.

En el regazo le caben;
los siete a una vez abraza...

Entonces les va contando
de su tremenda madrastra
y del cazador que al hombro
le cargó como alimaña.

Y ellos, conmovidos, lloran
sin cansarse de mirarla.
Le dicen nombres de flores;
“olor de salvia mojada”,
“cuesta con almendros blancos”,
“vertiente de la montaña”.

Y ella pregunta sus nombres.
Dicen: —Yo me llamo Plata.
—Yo me llamo Estaño Azul.
—Y yo Barbazas, Barbazas.

Y le cogen las orejas.
Le dicen: “almejas blancas”,
y miden sus dedos largos;
“caracolazos” los llaman.

Y por fin la van durmiendo
con canción enamorada.

The illustration shows a woman with long black hair and a blue sleeve sleeping peacefully in a bed of large green leaves. She is surrounded by several dwarves with large noses and black hats, some wearing red and black polka-dot clothing. The background is a soft, hazy landscape with a large green tree on the right. The text is presented in a white, cloud-like shape at the top of the page.

“Duerme hasta que cante el gallo
de cresta más encarnada
y se cuelguen los murciélagos
y muja largo una vaca.
”Te espantan los siete enanos
los monstruos de la montaña;
el lagarto volador,
la catarina giganta;
el que se parece al musgo
y que sube hasta la almohada,
y la culebra más negra
que a la medianoche baja.

”Para que el cuerpo no encojas
juntamos las siete camas,
y los enanos te velan
en cerco de siete espadas.

”Los duendes de los metales
te cuidan mejor que tu alma.

Duerme hasta que el gallo cante
y muja largo una vaca”.

Los sustitutos

Bernard Pechberty

Esta vez, todo había terminado. Los hombres no realizaban ya ningún trabajo, las máquinas los sustituían por completo. Vivían retirados en sus refugios antirradiativos y lentamente iban paralizándose, sin fuerzas siquiera para procrear. Pero esto no les importaba, puesto que los robots les proveían de todo lo que podían necesitar.

Así, los últimos hombres terminaron muy pronto por **atrofiarse** completamente. Entonces los autómatas los eliminaron tranquilamente.

Después de tantos siglos desde que el hombre los creara, esperaban con ansia ese momento.

Después, pensaron que al fin podrían descansar. Pero muy pronto se dieron cuenta de que para ello necesitaban servidores.

Así, inventaron a los hombres... 



El guardador de rebaños

Fernando Pessoa



Soy un guardador de rebaños.
El rebaño es mis pensamientos
Y mis pensamientos son todos sensaciones.
Pienso con los ojos y con los oídos
Y con las manos y los pies
Y con la nariz y la boca

Pensar una flor es verla y olerla
Y comer un fruto es saberle el sentido

Por eso cuando en un día de calor
Me siento triste de gozarlo tanto,
Y me acuesto en la yerba,
Y cierro los ojos calientes,
Siento todo mi cuerpo acostado en la realidad,
Sé la verdad y soy feliz.





Sung Ting atrapa a un fantasma

Anónimo

Cuando aún era joven, Sung Ting-po, natural de Nanyang, provincia de Jonán, se encontró de noche con un fantasma en pleno camino.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Un fantasma, señor.

Y a su vez demandó:

—¿Y usted?

—Un fantasma como usted —mintió Sung.

—¿A dónde va usted?

—A Wanshi.

—¡Qué casualidad! Yo también.

Marcharon juntos durante varios *li*.

—Andar así lleva mucho tiempo y resulta muy fatigoso. ¿No será mejor cargarnos por turno uno al otro? —sugirió el fantasma.

—Muy buena idea —aprobo Sung.

Para comenzar, el fantasma lo cargó durante un largo trecho.

—Lo encuentro muy pesado —se asombró el fantasma—. ¿Es usted realmente un espectro?

—Soy un espectro reciente —respondió Sung—. Por eso aún soy pesado.

A su vez cargó al fantasma, que no pesaba absolutamente nada.

Y así siguieron por el camino, cargando uno al otro por turno.

—Como soy un nuevo aparecido —observó Sung—, aún no sé lo que más debemos temer como fantasmas.

—Hay una sola cosa que tememos: que un hombre nos escupa.

Siguiendo el camino, llegaron a un arroyo. Sung invitó al fantasma a que lo atravesara primero. Así lo hizo, sin el menor ruido. En cambio, Sung atravesó la corriente con un gran alboroto de agua revuelta.

—¿Por qué hace tanto ruido? —preguntó el fantasma.

—No hace mucho tiempo que he muerto —respondió Sung, con la intención de adormecer la vigilancia del fantasma—. Por eso aún no tengo el hábito de caminar sobre el agua. Le ruego perdone mi torpeza.

Cuando se aproximaron a la ciudad de Wanshi, Sung echó al fantasma sobre su espalda y lo mantuvo allí fuertemente agarrado. El fantasma se puso a gritar, suplicándole que lo dejara en el suelo. Sin inquietarse de



esos gritos, Sung apuró el paso hacia la ciudad. Cuando dejó al fantasma en el suelo, ya había tomado la forma de un cordero. Después de escupirlo, para evitar que tomara otra forma, Sung se apresuró a venderlo. Y se fue, enriquecido en mil quinientas monedas.

En esa época, Shi Chung comentó este hecho con los siguientes términos:

—Sung Ting-po hizo algo inmejorable: ¡ganó mil quinientas monedas vendiendo un fantasma! 🍃

(Relato tradicional chino.)



Las campanas

Rosalía de Castro

Yo las amo, yo las oigo
cual oigo el rumor del viento,
el murmurar de la fuente
o el balido del cordero.

Como los pájaros, ellas,
tan pronto asoma a los cielos
el primer rayo del alba,
le saludan con sus ecos.

Y en sus notas, que van repitiéndose
por los llanos y los cerros,
hay algo de candoroso,
de apacible y halagüeño.

Si por siempre enmudecieran,
¡qué tristeza en el aire y el cielo!,
¡qué silencio en las iglesias!,
¡qué extrañeza entre los muertos!



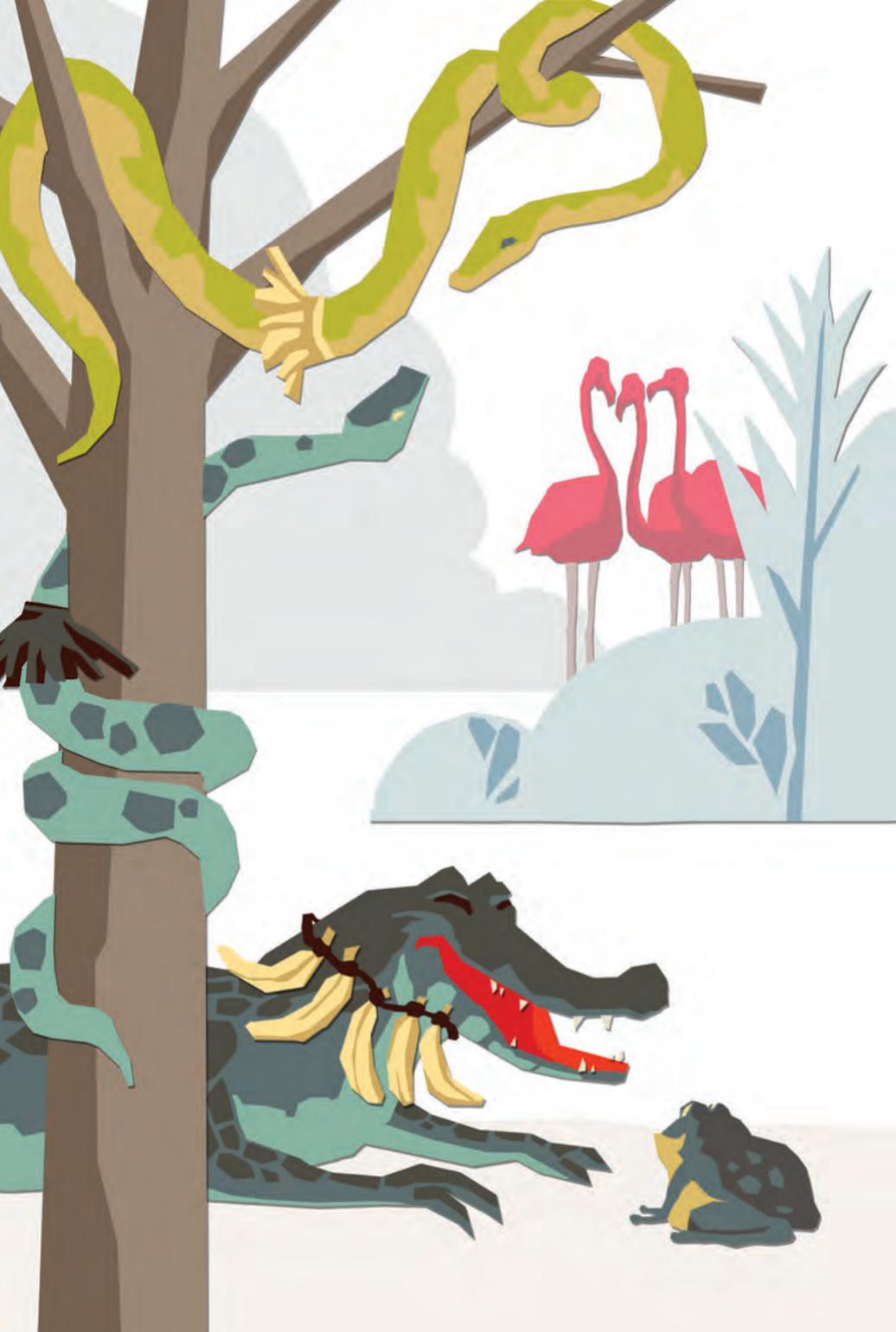
Del pasado remoto

Salvador Novo

Del pasado remoto
sobre las grandes pirámides de Teotihuacán,
sobre los **teocalis** y los volcanes
sobre los huesos y las cruces de los conquistadores áureos
crece el tiempo en silencio.

Hojas de hierba, polvo de las tumbas
que agita apenas la palabra.





Las medias de los flamencos

Horacio Quiroga

Cierta vez las víboras dieron un gran baile. Invitaron a las ranas y a los sapos, a los flamencos, y a los **yacarés** y a los peces. Los peces, como no caminan, no pudieron bailar; pero siendo el baile a la orilla del río, los peces estaban asomados a la arena, y aplaudían con la cola.

Los yacarés, para adornarse bien, se habían puesto en el pescuezo un collar de plátanos, y fumaban cigarros paraguayos. Los sapos se habían pegado escamas de peces en todo el cuerpo, y caminaban meneándose, como si nadaran. Y cada vez que pasaban muy serios por la orilla del río, los peces les gritaban haciéndoles burla.

Las ranas se habían perfumado todo el cuerpo, y caminaban en dos pies. Además, cada una llevaba colgada, como un farolito, una luciérnaga que se balanceaba.

Pero las que estaban hermosísimas eran las víboras. Todas, sin excepción, estaban vestidas con traje de bailarina, del mismo color de cada víbora. Las víboras coloradas llevaban una **pollerita** de tul colorado; las verdes, una de tul verde; las amarillas, otra de tul amarillo; y las yararás, una pollerita de tul gris pintada con rayas de polvo de ladrillo y ceniza, porque así es el color de las yararás.

Y las más espléndidas de todas eran las víboras que estaban vestidas con larguísimas gasas rojas, y negras, y bailaban como serpentinas. Cuando las víboras danzaban y daban vueltas apoyadas en la punta de la cola, todos los invitados aplaudían como locos.

Sólo los flamencos, que entonces tenían las patas blancas, y tienen ahora como antes la nariz muy gruesa y torcida, sólo los flamencos

estaban tristes, porque como tienen muy poca inteligencia, no habían sabido cómo adornarse. Envidiaban el traje de todos, y sobre todo el de las víboras de coral. Cada vez que una víbora pasaba por delante de ellos, coqueteando y haciendo ondular las gasas de serpentinas, los flamencos se morían de envidia.

Un flamenco dijo entonces:

—Yo sé lo que vamos a hacer. Vamos a ponernos medias coloradas, blancas y negras, y las víboras de coral se van a enamorar de nosotros.

Y levantando todos juntos el vuelo, cruzaron el río y fueron a golpear en un **almacén** del pueblo.

—¡Tan-tan! —pegaron con las patas.

—¿Quién es? —respondió el almacenero.

—Somos los flamencos. ¿Tiene medias coloradas, blancas y negras?

—No, no hay —contestó el almacenero—. ¿Están locos? En ninguna parte van a encontrar medias así. Los flamencos fueron entonces a otro almacén.



—¡Tan-tan! ¿Tienes medias coloradas, blancas y negras?

El almacenero contestó:

—¿Cómo dice? ¿Coloradas, blancas y negras? No hay medias así en ninguna parte. Ustedes están locos. ¿Quiénes son?

—Somos los flamencos —respondieron ellos.

Y el hombre dijo:

—Entonces son con seguridad flamencos locos.

Fueron a otro almacén.

—¡Tan-tan! ¿Tiene medias coloradas, blancas y negras?

El almacenero gritó:

—¿De qué color? ¿Coloradas, blancas y negras? Solamente a pájaros narigudos como ustedes se les ocurre pedir medias así. ¡Váyanse en seguida!

Y el hombre los echó con la escoba.

Los flamencos recorrieron así todos los almacenes, y de todas partes los echaban por locos.



Entonces un **tatú**, que había ido a tomar agua al río se quiso burlar de los flamencos y les dijo, haciéndoles un gran saludo:

—¡Buenas noches, señores flamencos! Yo sé lo que ustedes buscan. No van a encontrar medias así en ningún almacén. Tal vez haya en Buenos Aires, pero tendrán que pedir las por encomienda postal. Mi cuñada, la lechuza, tiene medias así. Pídanse las, y ella les va a dar las medias coloradas, blancas y negras.

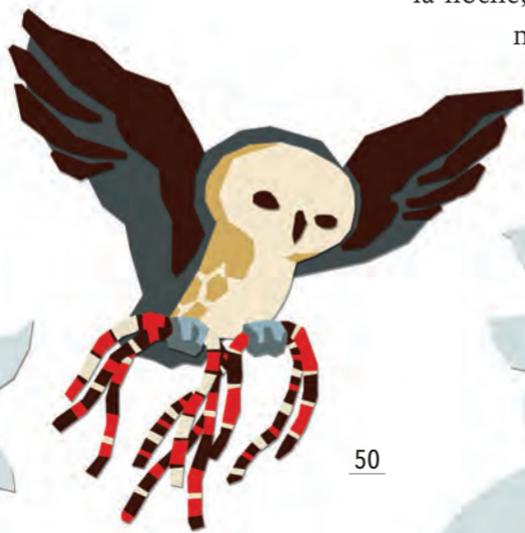
Los flamencos le dieron las gracias, y se fueron volando a la cueva de la lechuza. Y le dijeron:

—¡Buenas noches, lechuza! Venimos a pedirte las medias coloradas, blancas y negras. Hoy es el gran baile de las víboras, y si nos ponemos esas medias, las víboras de coral se van a enamorar de nosotros.

—¡Con mucho gusto! —respondió la lechuza—. Esperen un segundo, y vuelvo en seguida.

Y echando a volar, dejó solos a los flamencos; y al rato volvió con las medias. Pero no eran medias, sino cueros de víboras de coral, lindísimos cueros. Recién sacados a las víboras que la lechuza había cazado.

—Aquí están las medias —les dijo la lechuza—. No se preocupen de nada, sino de una cosa: bailen toda la noche, bailen sin parar un momento, bailen de



costado, de cabeza, como ustedes quieran; pero no paren un momento, porque en vez de bailar van entonces a llorar.

Pero los flamencos, como son tan tontos, no comprendían bien qué gran peligro había para ellos en eso, y locos de alegría se pusieron los cueros de las víboras como medias, metiendo las patas dentro de los cueros, que eran como tubos. Y muy contentos se fueron volando al baile.

Cuando vieron a los flamencos con sus hermosísimas medias, todos les tuvieron envidia. Las víboras querían bailar con ellos únicamente, y como los flamencos no dejaban un instante de mover las patas, las víboras no podían ver bien de qué estaban hechas aquellas preciosas medias.

Pero poco a poco, sin embargo, las víboras comenzaron a desconfiar. Cuando los flamencos pasaban bailando al lado de ellas, se agachaban hasta el suelo para ver bien.

Las víboras de coral, sobre todo, estaban muy inquietas. No apartaban la vista de las medias, y se agachaban también tratando de tocar con la lengua las patas de los flamencos, porque la lengua de la víbora es como la mano de las personas. Pero los flamencos bailaban y bailaban sin cesar, aunque estaban cansadísimos y ya no podían más.

Las víboras de coral, que conocieron esto, pidieron en seguida a las ranas sus farolitos, que eran **bichitos de luz**, y esperaron todas juntas a que los flamencos se cayeran de cansados.

Efectivamente, un minuto después, un flamenco, que ya no podía más, tropezó con un yacaré, se tambaleó y cayó de costado. En seguida las víboras de coral corrieron con sus farolitos y alumbraron bien las patas del flamenco. Y vieron qué eran aquellas medias, y lanzaron un silbido que se oyó desde la otra orilla del Paraná.

—¡No son medias! —gritaron las víboras—. ¡Sabemos lo que es! ¡Nos han engañado! ¡Los flamencos han matado a nuestras hermanas y



se han puesto sus cueros como medias! ¡Las medias que tienen son de víboras de coral!

Al oír esto, los flamencos, llenos de miedo porque estaban descubiertos, quisieron volar; pero estaban tan cansados que no pudieron levantar una sola pata. Entonces las víboras de coral se lanzaron sobre ellos, y enroscándose en sus patas les deshicieron a mordiscones las medias. Les arrancaron las medias a pedazos, enfurecidas y les mordían también las patas, para que murieran.



Los flamencos, locos de dolor, saltaban de un lado para otro sin que las víboras de coral se desenroscaran de sus patas. Hasta que al fin, viendo que ya no quedaba un solo pedazo de medias, las víboras los dejaron libres, cansadas y arreglándose las gasas de sus trajes de baile.

Además, las víboras de coral estaban seguras de que los flamencos iban a morir, porque la mitad, por lo menos, de las víboras de coral que los habían mordido eran venenosas.

Pero los flamencos no murieron. Corrieron a echarse al agua, sintiendo un grandísimo dolor y sus patas, que eran blancas, estaban entonces coloradas por el veneno de las víboras. Pasaron días y días, y siempre sentían terrible ardor en las patas, y las tenían siempre de color de sangre, porque estaban envenenadas.

Hace de esto muchísimo tiempo. Y ahora todavía están los flamencos casi todo el día con sus patas coloradas metidas en el agua, tratando de calmar el ardor que sienten en ellas.

A veces se apartan de la orilla, y dan unos pasos por tierra, para ver cómo se hallan. Pero los dolores del veneno vuelven en seguida, y corren a meterse en el agua. A veces el ardor que sienten es tan grande, que encogen una pata y quedan así horas enteras, porque no pueden estirla.

Esta es la historia de los flamencos, que antes tenían las patas blancas y ahora las tienen coloradas. Todos los peces saben por qué es, y se burlan de ellos. Pero los flamencos, mientras se curan en el agua, no pierden ocasión de vengarse, comiéndose a cuanto pececito se acerca demasiado a burlarse de ellos. 

Elegía del niño marinero

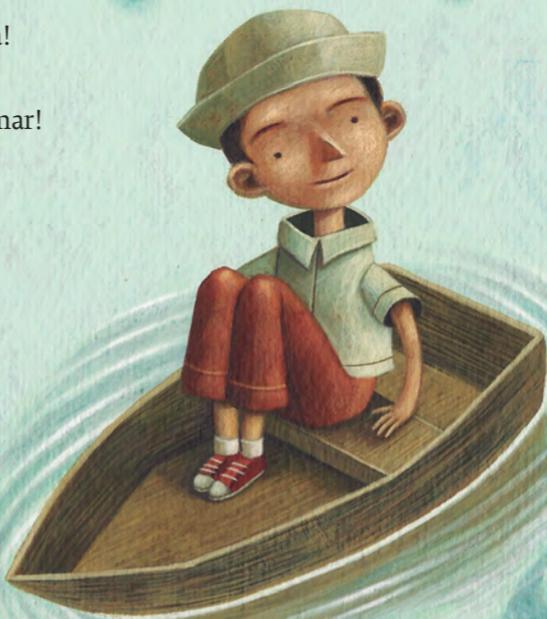
Rafael Alberti

Marinerito delgado,
Luis Gonzaga de la mar,
¡qué fresco era tu pescado,
acabado de pescar!

Te fuiste, marinerito,
en una noche lunada,
¡tan alegre, tan bonito,
cantando, a la mar salada!

¡Qué humilde estaba la mar!
¡Él cómo la gobernaba!
Tan dulce era su cantar,
que el aire se enajenaba.

Cinco delfines remeros
su barca le cortejaban.
Dos ángeles marineros,
invisibles, la guiaban.



Tendió las redes, ¡qué pena!,
por sobre la mar helada.
Y pescó la luna llena,
sola, en su red plateada.

¡Qué negra quedó la mar!
¡La noche, qué desolada!
Derribado su cantar,
la barca fue derribada.

Flotadora va en el viento
la sonrisa **amortajada**
de su rostro. ¡Qué lamento
el de la noche cerrada!

¡Ay mi niño, marinero,
tan morenito y galán,
tan guapo y tan **pinturero**,
más puro y bueno que el pan!

¿Qué harás, pescador de oro,
allá en los valles salados
del mar? ¿Hallaste el tesoro
secreto de los pescados?

Deja, niño, el salinar
del fondo, y súbeme el cielo
de los peces y, en tu anzuelo,
mi hortelanita del mar.



EN LA CIUDAD DE BABILONIA, FUNDADA POR LA REINA SEMÍRAMIS, VIVÍAN DOS JÓVENES: EL GENTIL MANCEBO PÍRAMO Y LA HERMOSA DONCELLA TISBE... ERAN VECINOS Y SE CONOCÍAN DESDE PEQUEÑOS.

PÍRAMO Y TISBE

VERSIÓN LIBRE DEL MITO CLÁSICO

GUION: LUIS BERNARDO PÉREZ

ILUSTRACIÓN: ALEX HERRERÍAS

CON EL TIEMPO SURTIÓ ENTRE AMBOS UNA GRAN AMISTAD QUE, POCO A POCO, SE TRANSFORMÓ EN AMOR.

¡TISBE, TISBE! ¿DÓNDE TE HAS METIDO?

ME LLAMA
MI MADRE.

ESPERA. NO TE VAYAS
TODAYÉA.

TENGO QUE
HACERLO.

¿NOS VEREMOS
MAÑANA?

AQUÉ ESTOY, MAMÁ.

¡AL FIN LLEGAS! TU
PADRE Y YO TENEMOS
MUCHO TIEMPO
BUSCÁNDOTE.

ÉL QUIERE DECIRTE ALGO.
¡VAMOS!

¡SILENCIO! TE PROHIBO QUE
LO VUELVAS A VER. TU
LUGAR ESTÁ EN CASA.

PASAS MUCHO TIEMPO CON EL HIJO DEL
VECINO. ESO NO ME GUSTA, TISBE.

PERO YO...

¡VAMO A
PÍRAMO!

EN SU HABITACIÓN



LA CITA ES BAJO LA SOMBRA DE UN ÁRBOL DE FRUTOS BLANCOS QUE CRECE JUNTO A UNA DE LAS FUENTES DE LA CIUDAD.

PIRAMO, ¿ESTÁS AQUÍ?



¡AY, NO! UNA LEONA. SI ME DESCUBRE ME DEVORARÁ.

LA LEONA TIENE SANGRE EN EL HOCICO. HUELLAS DE LA PRESA QUE ACABA DE CAZAR.



EN SU HUIDA, TISBE HA DEJADO CAER SU VELO.



PIRAMO NO TARDA EN LLEGAR.

¡NO PUEDE SER!
¡ES EL VELO DE TISBE!

¡TRISTE DE MÍ,
¿POR QUÉ NO
LLEGUÉ PRIMERO?!



FIN

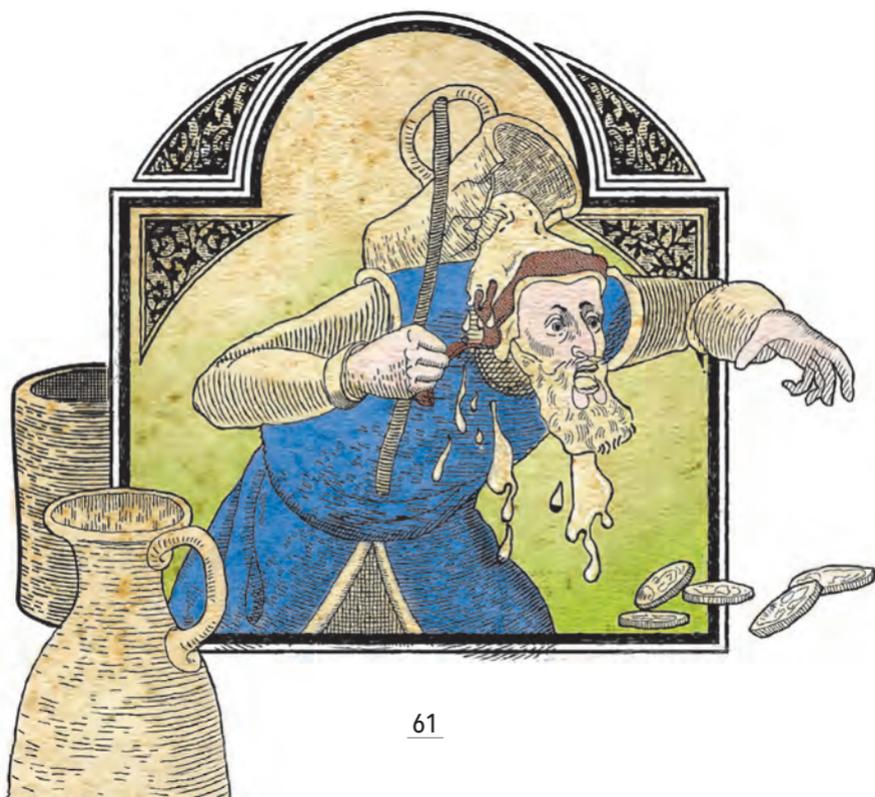
La jarra de miel

Anónimo

Cuentan que un comerciante rico daba cada día a un religioso pan, miel y mantequilla, así como otras cosas de comer. El religioso comía el pan y el resto de la comida, pero guardaba la miel y la mantequilla en una jarra, la cual colgaba en la cabecera de su cama. Y así logró llenarla. Sucedió que la miel y la mantequilla encarecieron, y estando sentado en su cama, comenzó a hablar para sí mismo: “Venderé lo que está en la jarra por tantos **maravedís**, y con ello compraré diez cabras, las cuales tendrán crías al cabo de cinco meses”. E hizo cuentas, y concluyó que en cinco años tendría cuatrocientas cabras. Y nuevamente se dijo:



“Las venderé y con lo que gane compraré lo que valen cien vacas: por cada cuatro cabras, tendré una vaca, y tendrán crías; sacaré ganancia de los becerros, de las hembras y de la leche, y antes de cinco años haré con todo ello algo grande y me construiré una casa, y luego de esto, me casaré con una mujer hermosa de gran linaje y nobleza, y tendremos un hijo varón perfecto y le pondré un buen nombre, y le enseñaré buenas costumbres, y lo castigaré como a los reyes y sabios, y si no aprendiere del castigo y la enseñanza, lo he de reprender con esta vara que tengo en la mano”. Entonces, el religioso alzó la mano y con la vara golpeó la jarra que tenía en la cabecera de la cama y la rompió, derramándose la miel y la mantequilla sobre su cabeza. 🍷



Diccionario poético 2

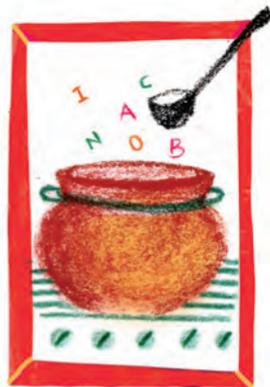
Ajedrez: Torre **homérica**, ligero caballo, armada reina, rey postrero, oblicuo alfil y peones agresores.

Jorge Luis Borges



Escribir: Escribir es una constante elección de palabras, entre azufrado y sulfuroso, entre plan y conjura, entre giro y viraje, entre muero y renazco.

Ida Vitale



Nube: La nube de verano es pasajera, así como las grandes pasiones son como nubes de verano, o de invierno, según el caso.

Augusto Monterroso



Caligrama

José Juan Tablada

Hasta que el poeta cae y el viento
Como pesado tabor le deshoja el pensamiento
como una flor

* Hasta que el poeta cae como pesado **tabor** y el viento le deshoja el pensamiento como una flor.



El dragón

Ray Bradbury

La noche agitó la hierba rala del **páramo**. No había ningún otro movimiento. Habían pasado muchos años desde que un ave cruzó la gran bóveda, inmensa y tenebrosa del firmamento. Tiempo atrás, se habían desmoronado algunos pedruscos convirtiéndose en polvo. Ahora, sólo la noche temblaba en el alma de los dos hombres, encorvados, en el desierto, alrededor de una hoguera solitaria; la oscuridad les latía calladamente en las venas, les golpeaba silenciosamente en sus pulsos y en las sienas.

Las luces de la fogata subían y bajaban por los rostros despavoridos y se volcaban en los ojos como jirones anaranjados. Cada uno de los hombres espía la respiración débil y fría y los párpados de lagarto del otro. Al fin, uno de ellos atizó el fuego con la espada.

—¡No, idiota, nos delatarás!

—¡Qué importa! —dijo el otro hombre—. El dragón puede oler nos a kilómetros de distancia. Dios, hace frío. Quisiera estar en el castillo.

—Es la muerte, no el sueño, lo que buscamos...

—¿Por qué? ¿Por qué? ¡El dragón nunca ha llegado hasta el pueblo!

—¡Cállate, tonto! Devora a los hombres que viajan solos desde nuestro pueblo al pueblo vecino.

—Deja que los devore y regresemos a casa.

—¡Espera, escucha!

Los dos hombres se quedaron quietos.

Aguardaron largo rato, pero sólo sintieron el temblor nervioso de la piel de los caballos, como tamboriles de terciopelo negro que repicaban en las argollas de plata de los estribos, suavemente, suavemente.



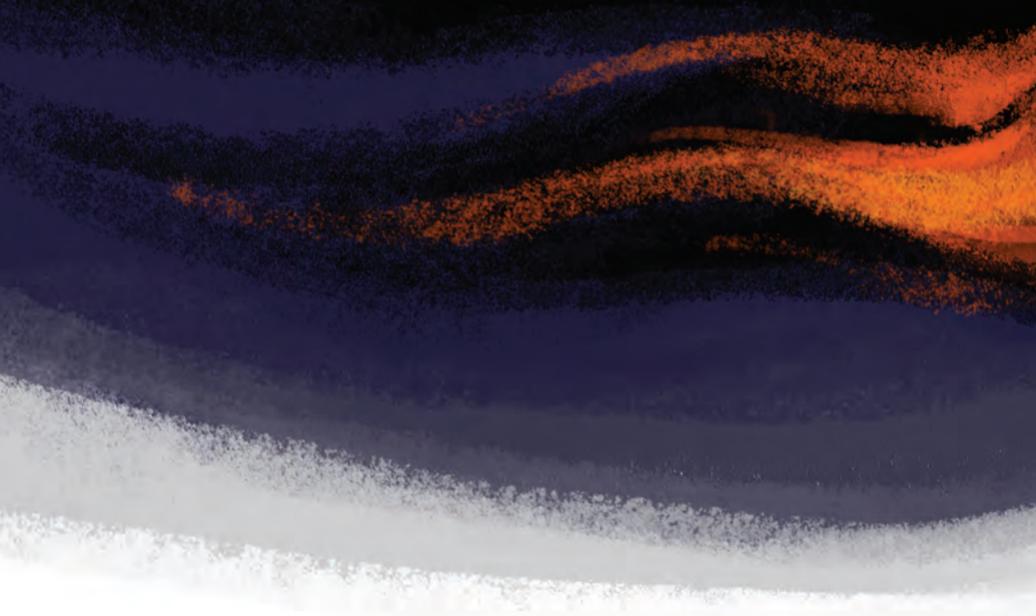
—Ah... —El segundo hombre suspiró—. Qué tierra de pesadillas. Todo sucede aquí. Alguien apaga el sol: es de noche. Y entonces, y *entonces*, ¡oh, Dios, escucha! Este dragón, dicen que tiene ojos de fuego, y un aliento de gas blanquecino; se le ve arder a través de los páramos oscuros. Corre echando rayos y azufre, quemando la maleza. Las ovejas, aterradas, enloquecen y mueren. Las mujeres dan a luz criaturas monstruosas. La furia del dragón es tan inmensa que los muros de las torres se conmueven y retornan al polvo. Las víctimas, a la salida del sol, aparecen dispersas aquí y allá, en la región de las colinas. ¿Cuántos caballeros, pregunto yo, habrán perseguido a este monstruo y habrán fracasado, como fracasaremos también nosotros?

—¡Ya es bastante!

—¡Más que suficiente! Aquí, en esta desolación, ni siquiera sé en qué año estamos.

—Novecientos años después de Navidad.

—No, no —murmuró el segundo hombre con los ojos cerrados—. En este páramo no hay Tiempo, hay sólo Eternidad. Pienso a veces que si volviéramos atrás, el pueblo se esfumaría, la gente no habría nacido



aún, las cosas estarían cambiadas, los castillos no tallados todavía en las rocas, los maderos no cortados aún en los bosques; no preguntes cómo lo sé; el páramo sabe y me lo dice. Y aquí estamos los dos, solos, en la tierra del dragón de fuego. ¡Que Dios nos ampare!

—¡Si tienes miedo, cíñete tu armadura!

—¿Para qué? El dragón sale de la nada; no sabemos dónde vive. Se desvanece en la niebla; quién sabe a dónde va. Ay, vistamos nuestra armadura, moriremos ataviados.

Enfundado a medias en el corselete de plata, el segundo hombre se detuvo y volvió la cabeza.

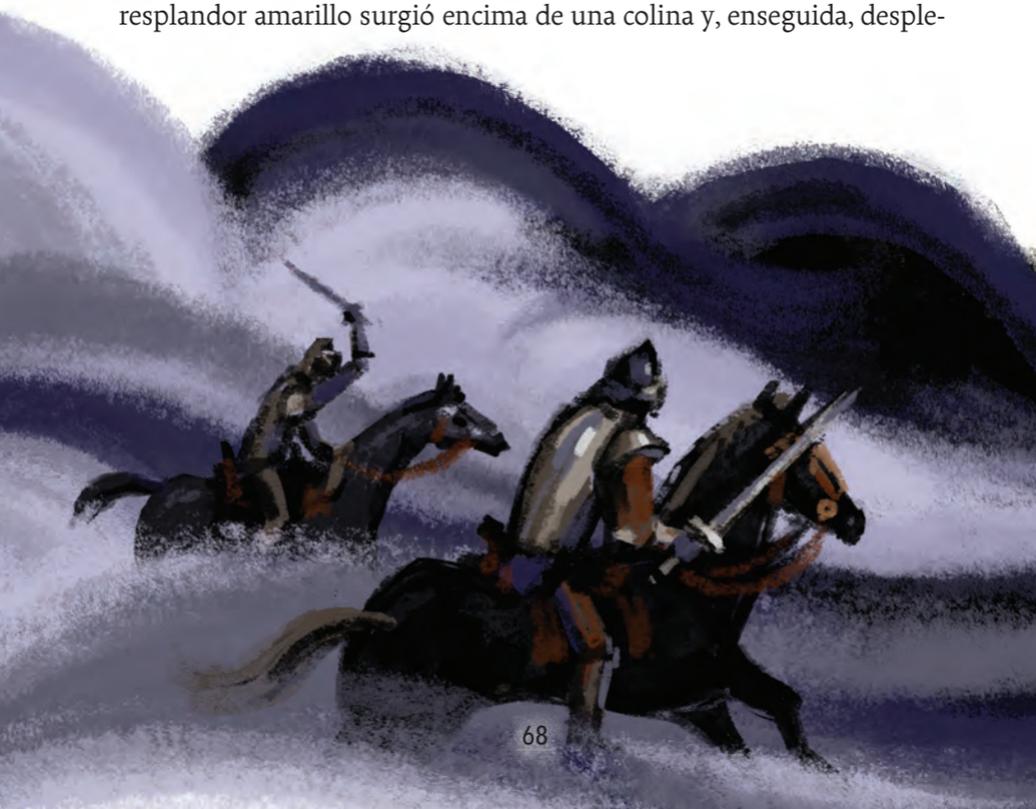
En el extremo de la oscura campiña, henchido de noche y de nada, en el corazón mismo del páramo sopló una ráfaga arrastrando ese polvo de los relojes que usaban polvo para contar el tiempo. En el corazón del viento nuevo había soles negros y un millón de hojas carbonizadas, caídas de un árbol otoñal, más allá del horizonte. Era un viento que fundía paisajes, modelaba los huesos como cera blanda, enturbiaba y espesaba la sangre, depositándola como barro en el cerebro. El viento era mil almas moribundas, siempre confusas y en tránsito, una bruma en una

niebla de la oscuridad; y el sitio no era sitio para el hombre y no había año ni hora, sino sólo dos hombres en un vacío sin rostro de heladas súbitas, tempestades y truenos blancos que se movían tras la gran caída de cristales verdes: el inmenso ventanal descendente, el relámpago. Una ráfaga de lluvia empapó la hierba; todo se desvaneció y no hubo más que un susurro sin aliento y los dos hombres que aguardaban a solas con su propio ardor, en un tiempo frío.

—Mira... —murmuró el primer hombre—. Oh, mira allá, *allá*...

A kilómetros de distancia, precipitándose, un cántico y un rugido: el dragón.

Los hombres vistieron las armaduras y montaron en los caballos, en silencio. Un monstruoso ronquido quebró la medianoche desierta, y el dragón, rugiendo, se acercó, y se acercó todavía más. Su centelleante resplandor amarillo surgió encima de una colina y, enseguida, desple-



gando un cuerpo oscuro, lejano, la gran bestia imprecisa flotó sobre el promontorio y se hundió en el valle.

—¡Pronto!

Espolearon las cabalgaduras hasta un claro.

—¡Por aquí va a pasar!

Los **guanteletes** empuñaron las lanzas y las viseras cayeron sobre los ojos de los caballos.

—¡Señor!

—Sí, invoquemos Su Nombre.

En ese instante, el dragón rodeó la colina. El monstruoso ojo ambarino se clavó en los hombres, iluminando las armaduras con reflejos y resplandores bermejos. Con terrible grito y un ímpetu demoledor, el caballero acometió contra la bestia.

—¡Piedad, Dios mío!





La lanza golpeó bajo el ojo amarillo sin párpado, y el hombre voló por el aire. El dragón se le abalanzó, lo derribó, lo aplastó sobre la tierra. Al doblarse, con el negro embate de su flanco, lanzó al otro jinete a treinta metros de distancia, contra la pared rocosa. Gimiendo, gimiendo siempre, el dragón pasó, vociferando, todo fuego alrededor y debajo, fuego solar anaranjado; fuego amarillo, rosa, con plumones suaves de humo cegador.

—¿Lo has visto? —gritó una voz—. Tal como te lo dije.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Un caballero con armadura! ¡Por Dios, lo atropellamos!

—¿Vas a detenerte?

—Me detuve una vez; no encontré nada. No me gusta detenerme en este páramo. Me da pavor, no sé qué siento.

—Pero le pegamos a *algo*.

—Aunque sonaras y sonaras el silbato, el tipo no se apartaría.

Una ráfaga de vapor cortó la niebla a un lado.

—Llegaremos a Stokely a horario. Echa más carbón, ¿eh?

Otro silbido sacudió el rocío del cielo desierto. El tren de la noche, con fuego y furia, atravesó raudamente una hondonada, dejando humo negro y un vapor que se disolvieron en el aire quieto, momentos después de pasar y perderse para siempre. 

Despedida de un paisaje

Wisława Szymborska

No le reprocho a la primavera
que llegue de nuevo.
No me quejo de que cumpla
como todos los años
con sus obligaciones.

Comprendo que mi tristeza
no frenará la hierba.
Si los tallos vacilan
será sólo por el viento.



microrrelatos 1

Niña en jardín

Un claro en un jardín oscuro o un pequeño espacio de luz entre hojas negras. Allí estoy yo, dueña de mis cuatro años, señora de los pájaros celestes y de los pájaros rojos. Al más hermoso le digo:

—Te voy a regalar a no sé quién.

—¿Cómo sabes que le gustaré? —dice.

—Voy a regalarte —digo.

—Nunca tendrás a quien regalar un pájaro —dice el pájaro.

Alejandra Pizarnik

Ratones

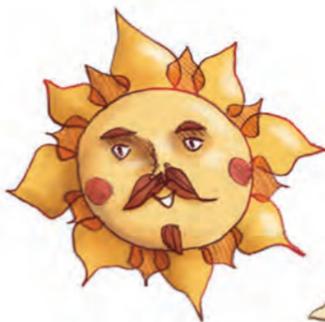
Tenía unas bodegas llenas de ratones. Se hizo traer una gata, que extinguió la plaga. Un día la gata se comió un merengue, y se desencantó y volvió a ser princesa. La princesa era muy agradable. Pero la casa se llenó de ratones.

Alfonso Reyes

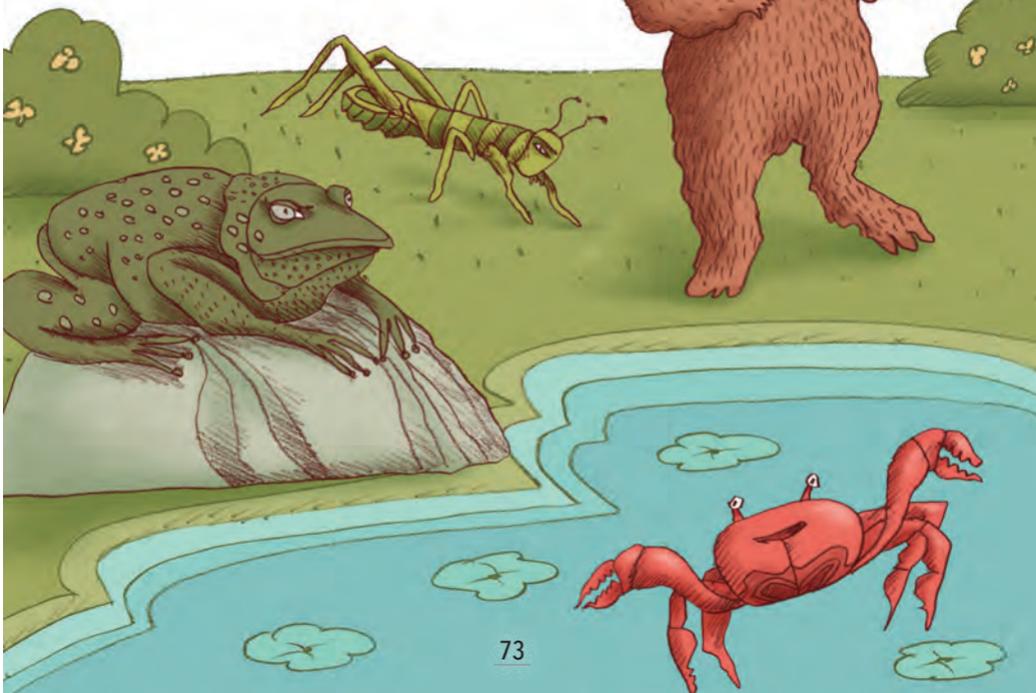


Filosofía

Rubén Darío



Saluda al sol, araña, no seas rencorosa.
Da tus gracias a tu Dios, oh sapo, pues que eres.
El peludo cangrejo tiene espinas de rosa
y los moluscos **reminiscencias** de mujeres.
Saber ser lo que sois, **enigmas** siendo formas;
dejar la responsabilidad a las Normas,
que a su vez la enviarán al Todopoderoso...
(Toca, grillo, a la luz de la luna; y dance el oso.)



Tiyantiztli

Fray Toribio de Benavente, Motolinía

Al lugar donde venden y compran los indios le llaman *tiyantiztli*, que en nuestra lengua diremos “mercado”, para el que tienen hermosas y grandes plazas. En ellas asignan un lugar a cada actividad, y cada mercancía tiene su sitio.

Los pueblos grandes, que acá llaman cabecera de provincia, reparten por barrios las mercancías que venden: un barrio el pan cocido, otro barrio el chile, los de otro barrio sal, otros vísceras de animales, otros fruta, otros hortalizas, otros loza, otros venden *centli*.

Cuando el pan se recoge y está en mazorca, porque así se conserva mejor y más tiempo, en esta lengua le llaman *centli*; después de desgranado le dicen *tlauilli*; cuando lo siembran se llama *toctli*; una espiguilla que sale en lo alto de la mazorca la llaman *miyauatl*, es la que comen los pobres, y en año de escasez, todos.

Cuando la mazorca está pequeña, muy tierna, la llaman *xilotl*, y la dan cocida como la fruta a los señores; cuando la mazorca tiene granos tiernos (se puede comer cruda, asada, que es mejor, o cocida) se llama *elotl*, pero cuando está bien madura, la llaman *centli*, y éste es el nombre del pan de esta tierra. Los españoles tomaron el nombre de las islas y le llaman maíz.

En un lugar se vende el pan en mazorca y en grano, cerca de otras semillas, como frijoles y chí, de la que sacan aceite como de linaza; además, la usan molida para sus brebajes y también la mezclan con amaranto.

En otra parte se vende el pescado y aquello que sacan de la laguna y los arroyos, como lombrices y cuantas cosas se crían en el agua.

En estos mercados se vende mucha ropa, es la actividad principal. En su mayoría es de algodón; también hay mucha de agave.

Con hojas de palmas hacen mantas gruesas, que los españoles usan para los caballos y otras cosas. Cerca de éstas venden otras con seda de pelo de conejo. De lana y en madejas tienen de todos colores, así como de hilo de algodón.

Sacan al *tianguetz* ungüentos, jarabes, aguas y otros productos medicinales con los que se curan muy rápido y naturalmente. Conocen sus resultados, por lo que ponen nombre a las yerbas según su efecto y para qué es apropiada. También se vende piedra alumbre, y aunque no está limpia, es tan buena la de esta tierra que sin pulirla tiene muy buenos resultados; hay muchas sierras y montes de alumbres, unos buenos y otros mejores.

En estos mercados se vende madera: vigas, tablas, piezas planas y leña. En otra parte venden plumajes y plumas sueltas de muchos colores. Además, oro, plata, estaño, así como herramientas de cobre y cacao.

Finalmente, en estas plazas venden cuantas cosas cría la tierra y el agua, todo aquello que los indios pueden tener, y todas valen como moneda: unas truecan por otras. ✍



El bosque del haikú



La luna

Es mar la noche negra,
la nube es una concha,
la luna es una perla.

José Juan Tablada

Puente

Sobre el abismo,
el puente, abierto de piernas,
deja pasar al río.

Francisco Monterde

Tarde

Llena de lilas,
traía flores en las manos
y en las pupilas.

Rafael Lozano

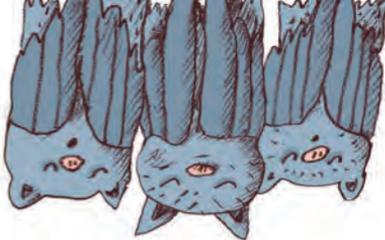
Peces de colores
¿Lavó en la fuente
un pintor de acuarelas
sus pinceles?

Josefina Esparza Soriano



El murciélago

Anónimo



Antes de ser como lo conocemos hoy, el murciélago era el ave más bella de la creación. En lengua zapoteca se llamaba *biguidibela*, que quiere decir “mariposa desnuda”.

Cierto día en que hacía mucho frío, subió al cielo y le pidió al Creador que le diera plumas como las de los animales que pueden volar. Pero el Creador no tenía más plumas; así, le aconsejó que bajara de nuevo a la tierra y le pidiera una pluma a cada ave. Y así lo hizo el murciélago, aunque eligió únicamente a aquellas con las plumas más vistosas y de más colores.

Cuando terminó su recorrido, había conseguido un gran número de plumas de diversos colores, con las que había envuelto su cuerpo. Consciente de su gran belleza, volaba y volaba para presumirla orgulloso a todos los pájaros, que detenían su vuelo para admirarlo. Agitaba sus alas, ahora emplumadas; aleteaba feliz y con cierto aire de soberbia. Incluso, como un eco de su vuelo, creó el arcoíris. Era todo belleza.



Era tan grande su orgullo que la soberbia lo transformó en un ser cada vez menos humilde con el resto de las aves. Con su incesante pavoneo, hacía sentir abrumados a cuantos estaban a su lado, sin importarles las cualidades que éstos tuvieran. Al hermoso colibrí le reprochaba no ser dueño de una décima parte de su belleza.

Cuando el Creador supo que el murciélago no se contentaba con disfrutar de sus plumas, sino que las usaba para humillar a los demás, le pidió que subiera al cielo, pero ahí también se pavoneó y aleteó presuntuoso. Y aleteó y aleteó mientras sus plumas se desprendían una a una, descubriéndose desnudo como en un principio. Y durante todo el día llovieron plumas del cielo.

Desde entonces el murciélago ha permanecido desnudo, retirándose a vivir en cuevas y tratando de olvidar todos los colores que una vez tuvo y perdió. 🖋️

(Relato tradicional zapoteco.)



Calor

Yannis Ritsos

Las rocas, el mediodía inflamado, las grandes olas
—el mar indiferente, peligroso, fuerte. En la calle
de arriba,
los muleros gritaban, sus carretas llenas de sandías.
De repente, un cuchillo, la cortada suave, el viento,
la pulpa roja y las semillas negras. 🍉



De alta mar

Colette Nys-Mazure

El niño ha contado y ha vuelto a contar todas las olas; ha cabalgado la espuma y bebido la nube. Ha enumerado las conchas, escogido las estrellas de mar, afilado los cuchillos.

Ha **balizado** la playa de castillos y cargado sus bolsillos de guijarros sedosos. Ha imitado el paso de los cangrejos. Entre sus dedos abiertos, ha dejado correr la infinita arena fina y se ha mojado largamente en rehundimiento cegador. Se ha trenzado brazaletes de algas y de **pecio**.

Lame sobre sus labios el gusto tenaz de la sal y sacude su melena de carrizos deslavados. Aspira ásperamente el aire amargo de salpicaduras de agua.

Ante la **perquisición** nocturna de Faro, la marea se lo llevará. En un grito áspero de gaviota. 



Romance de la luna, luna

Federico García Lorca

La luna vino a la **fragua**
con su **polisón** de nardos.
El niño la mira, mira.
El niño la está mirando.

En el aire conmovido
mueve la luna sus brazos
y enseña, **lúbrica** y pura,
sus senos de duro estaño.

—Huye luna, luna, luna.
Si vinieran los gitanos,
harían con tu corazón
collares y anillos blancos.

—Niño, déjame que baile.
Cuando vengan los gitanos,
te encontrarán sobre el yunque
con los ojillos cerrados.



—Huye luna, luna, luna,
que ya siento sus caballos.

—Niño, déjame, no pises
mi blancor almidonado.

El jinete se acercaba
tocando el tambor del llano.
Dentro de la fragua el niño
tiene los ojos cerrados.

Por el olivar venían,
bronce y sueño, los gitanos.
Las cabezas levantadas
y los ojos entornados.

Cómo canta la **zumaya**,
jay, cómo canta en el árbol!
Por el cielo va la luna
con un niño de la mano.

Dentro de la fragua lloran,
dando gritos, los gitanos.
El aire la vela, vela.
El aire la está velando.





Serpiente de fuego

Carmen Leñero

En una noche de tormenta sobre la Mixteca, mientras estruendosos relámpagos caían a diestra y siniestra de la cabaña de unos campesinos, el más pequeño de la familia, Martín, tuvo una pesadilla. Soñó que uno de aquellos rayos, que alcanzaba a escuchar, aunque estaba dormido, se clavaba en el centro de su pecho y lo abría por la mitad. De su corazón de niño surgía la cabeza de una serpiente con plumas, y detrás de esa cabeza, el cuerpo duro y rasposo de una langosta. El chiquillo intentó despertar, pero no pudo. Poco a poco iba emergiendo aquella extraña criatura de su pecho, ocasionándole un dolor agudo y muchísimo miedo; así que usó sus propias manos para extraerla de un jalón: vio salir cada una de sus cuatro patas con garras y, finalmente, su cola en forma de mecha. Otro rayo cayó en ese momento e incendió la mecha, convirtiendo a aquel monstruo en un animal de fuego. La serpiente-langosta se elevó, abrió un boquete en el techo y subió como un destello gigantesco a incrustarse en la oscura bóveda celeste.

A la mañana siguiente, al despertar, Martín comprobó que su pecho no mostraba ninguna herida y que el techo de la cabaña estaba intacto, pero encontró tres monedas de oro bajo su almohada. Perplejo, se vistió a toda prisa y se encaminó a casa de su abuelo para mostrarle las monedas y preguntarle qué podía significar su sueño de anoche.

Después de revisar cuidadosamente las monedas, el rostro del anciano se iluminó.

—¿Le has hablado a alguien de esto?

Martín negó con la cabeza. Tenía los ojos más radiantes que de costumbre, y la sonrisa de su abuelo había mitigado su terror infantil.

—Abuelo, ¿qué es ese monstruo que me salió del cuerpo? —preguntó.

—Es tu nahual —susurró el viejo—, la fabulosa Serpiente de fuego, “Coo Ní’ún”, que te contagiará sus poderes extraordinarios.

—¿Y por qué a mí?

—Nadie sabe por qué tiene el nahual que tiene, Martín. El tuyo es muy especial y no debes decírselo a nadie, porque si alguno de los brujos de la región se entera, querrá venirse a robar el poder de tu nahual.

—¿Y en qué consiste ese poder?, abuelo —volvió a preguntar Martín, muy preocupado.

—Es el poder que todas las serpientes mágicas de nuestro mundo heredan del gran dios Quetzalcóatl, la “Serpiente emplumada”. Convertidos en serpientes es como nuestros dioses se comunican con los hombres, ¿lo sabías? Estas culebras fantásticas tienen el don de conectar el cielo y la tierra, el paraíso con el inframundo, y por eso todas ellas, a pesar de ser serpientes, vuelan.

Martín escuchó atónito lo que su abuelo le decía.

—¡Todas ellas! ¿Así que hay muchas serpientes divinas?

—Claro —respondió el viejo—, están por ejemplo, Tepew y Kukumatz, que son las transformaciones de dos dioses mayas; o Tupac Amaru, la serpiente turquesa de los pueblos incas; o Ehécatl, la “Serpiente de viento”; o la fantástica Xiuhcóatl, que es la “Serpiente de fuego” de los aztecas.

—Pero “mi” serpiente, la que salió de mi corazón, tenía más bien el cuerpo de un camarón gigante —replicó Martín—, como si viniera del mar.



—No es que venga del mar, más bien cae del cielo en forma de estrella fugaz con su cola encendida, pero también puede sumergirse en las profundidades del océano. Ahí lucha contra la “Serpiente de siete cabezas”, guardiana de los tesoros marinos, para robárselos y traérselos a sus “protegidos”. Protegidos, ¡como tú!; ¿no es maravilloso? Por eso a menudo encontrarás brillantes monedas como éstas bajo tu almohada. Entiérralas en un lugar seguro, Martín, hasta que tengas la edad y el juicio para usarlas en bien de los hombres.

—¿Pero por qué una criatura tan aterradorante puede ser benéfica? —preguntó azorado el niño.

—Ése es el misterio de los dioses y de los monstruos, mi hijito, el misterio del bien y el mal en eterna lucha. Nuestras serpientes divinas son como los dragones de otras latitudes: fabulosos y temibles.

—¿Y cómo sabes tú tanto de serpientes mágicas, abuelo?

—Ah, pues porque mi nahual, es decir, mi animal gemelo, es también una serpiente sagrada, hermana de la tuya. Se llama Coo Dzahui y representa el espíritu de la lluvia, así como la fuerza tremenda del huracán. Con esa misma fuerza te defenderé de cualquier brujo que quiera quitarte a tu nahual, mientras tú creces y maduras.

—¿Y yo qué debo hacer ahora? —preguntó Martín con cierta angustia.

—Guardar el secreto y mirar todas las noches el cielo. Cuando veas caer una estrella fugaz sabrás que tu poder de fuego ha despertado y está firme.

Martín se quedó mudo mientras su abuelo le acariciaba la cabeza para tranquilizarlo. En medio del silencio escucharon ambos el zumbido de un mosquito con alas de libélula, que los rondaba. No le prestaron atención, pues ignoraban que se trataba del brujo Anófeles, transformado en insecto.

El malvado Anófeles, que la noche anterior había visto un enorme destello atravesar el cielo, adivinó que se trataba de la magnífica serpiente Coo Nú'un. Así que, ardiendo en envidia, había seguido a Martín esa mañana hasta la casa del viejo, y cómodamente posado en una esquina del ropero escuchó su conversación.

—No habrá quién te defienda de mí, escuinle zonzo —masculló Anófeles para sus adentros, mientras se lanzaba en picada. En un segundo



desenvainó su aguijón y lo clavó en la frente del anciano, inyectándole los mortales microbios que cargaba en su vientre de mosquito.

Unas semanas después, el abuelo de Martín enfermó gravemente de paludismo y no hubo forma de salvarle la vida. De regreso del entierro, con los ojos llorosos, Martín alzó la mirada al cielo nocturno. Por detrás de sus lágrimas alcanzó a ver la caída de una fabulosa estrella fugaz que le recordó su destino. Pidió entonces un deseo irrealizable:

—Oh, Serpiente de fuego, regrésame a mi abuelo. Ése es el único tesoro que te pido.

Sólo le respondió el silencio de la noche, un silencio abismal que presagiaba tormenta.



Cuando Martín y su familia, envueltos en la tristeza, llegaron a su cabaña, no se percataron de que una nube de insidiosos mosquitos flotaba sobre el tejado, esperando la mejor oportunidad para introducirse en la casa. Sin embargo, a medianoche, cuando ya estaban todos dormidos, se desataron furiosos vientos huracanados que dispersaron la malévola nube de insectos. El estruendo del huracán despertó a la familia, incluido Martín, quien de inmediato buscó debajo de su almohada. No había monedas de oro ni ninguna otra cosa ahí. Pero sintió que sus ojos ardían. Se levantó de la cama y encendió una vela. En la ventana vio reflejado su rostro. No era el rostro de siempre, porque en el centro de cada uno de sus ojos llameaba un fuego sagrado: el fuego de una temible y antigua sabiduría, que muy pocos podrían mirar de frente sin perecer. ✍

(Basado en una historia tradicional mixe.)





Serpiente de fuego

Origen: Mixe.

Nombre: Coo Ñu'un, que en lengua mixteca viene de "Coo" serpiente, y "ñu'un": fuego.

Apodos: Estrella fugaz. Flecha de Huitzilopochtli. Caballo de Tláloc. Culebra de la Vía Láctea.

Parentela: Hija de Quetzalcóatl, la "Serpiente emplumada" de los nahuas; hermana de Coo Dzahui, también llamada "Nueve viento" o "Serpiente de la lluvia y el huracán" por los mixtecos; sobrina de Kukulkán, la serpiente sagrada de los mayas; prima de Xiuhcóatl, la "Serpiente de fuego" de los aztecas, y sobrina de otras muchas serpientes divinas de Mesoamérica.

Sexo: Femenino.

Edad: Más de quinientos años.

Domicilio: Regiones montañosas.

Señas particulares: Tiene cuerpo de langosta y cabeza de serpiente, pero emplumada; sus cuatro patas terminan en garras; su cola tiene forma de una mecha, que al incendiarse le provee de propulsión ígnea. Es astuta, fulminante y versátil. Se alimenta de los deseos y ambiciones de los hombres.

Misión: Ser mensajera entre el cielo, el mar y la tierra. Ser nahual y asistente de los dioses, buscadora de tesoros y dispensadora de dones. Tienen el poder de transformarse en estrella fugaz, de bucear en el mar y de incendiar a quien la mire.

Antídoto: Usar gruesos lentes de sol, incluso en las noches.



Huellas de luz

Coral Bracho

Mariposa

Como una moneda girando
bajo el hilo de sol
cruza la mariposa encendida
ante la flor de albahaca

El canto del gallo

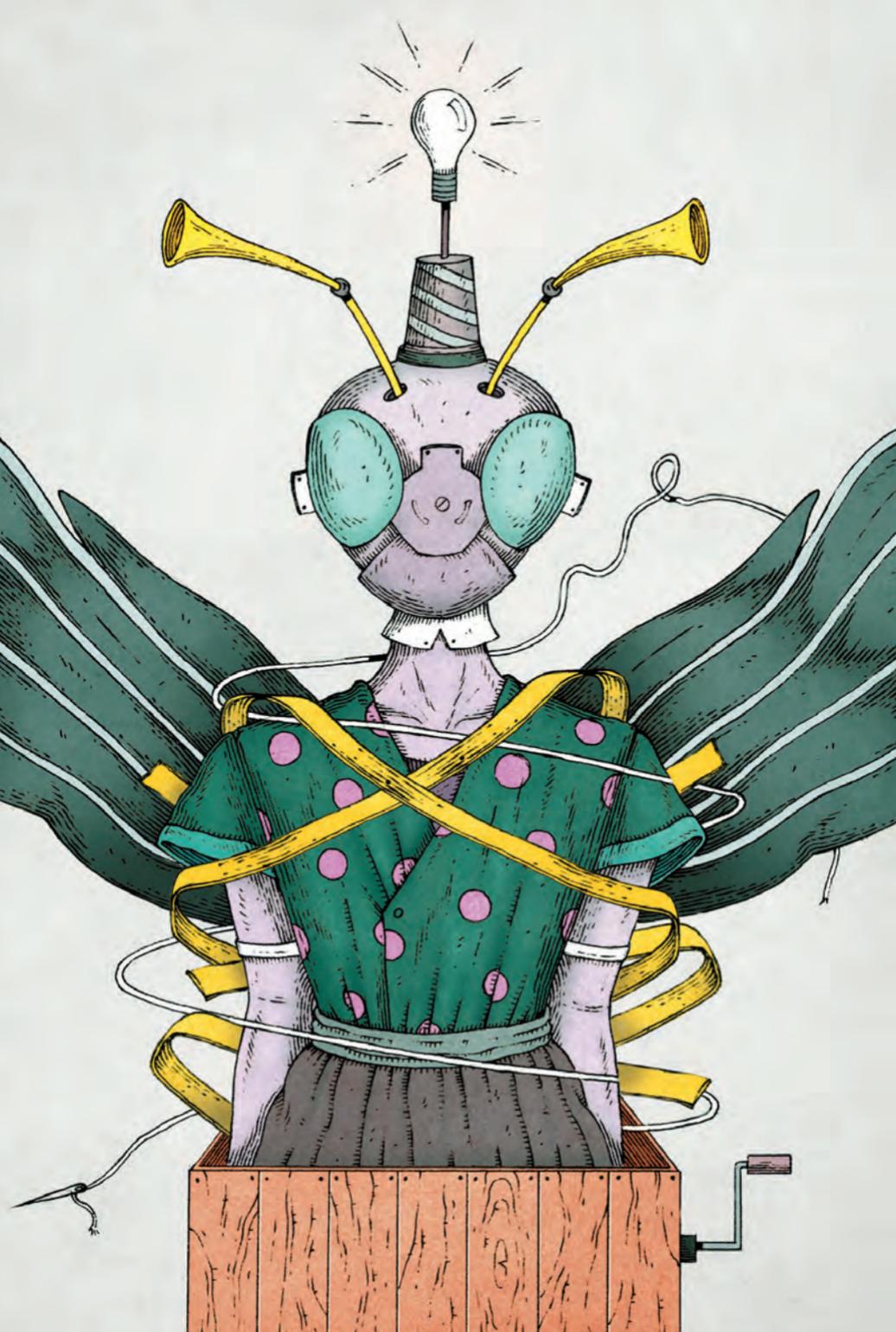
El canto del gallo
soltó su sol
a mitad del cuarto. Las llamaradas
entrebrián la cortina.



Artefacto

Nicanor Parra





Vida de insecto

Renato Gómez Herrera

Los insectos han colonizado prácticamente todos los ambientes de la Tierra: viven en las selvas, los desiertos, las zonas frías, en ambientes de agua dulce y en convivencia íntima con los seres humanos y muchos otros seres vivos... y muertos. El único hábitat donde la cantidad de especies de insectos es casi nula es el marino, lo que resulta curioso porque los insectos se originaron en el mar y pertenecen al género de los artrópodos, que tienen una fuerte presencia y un papel fundamental en el ambiente marino.

La mayoría de los insectos están adaptados para efectuar vuelos cortos. Por ejemplo, las abejas, que invierten mucho tiempo para obtener polen, se paran a descansar muchas veces y los grandes coleópteros, como el escarabajo rinoceronte, proporcionalmente muy pesados, sólo pueden realizar vuelos cortos. Pero, por supuesto, hay insectos que realizan vuelos prolongados; existe una especie de langosta migratoria que puede volar miles de kilómetros en busca de alimento, y la mariposa monarca recorre 4 000 kilómetros en su travesía desde Canadá a los bosques del centro de México.

Tratándose de precisión en el vuelo, habría que mencionar a la libélula, el único insecto que puede mover las alas en forma alternada y no simétricamente como todos los demás. Esto les permite una maniobrabilidad perfecta y la posibilidad de mantenerse suspendidas sin perder el control. Las molestas moscas también tienen sus habilidades: son muy ágiles, sólo ellas pueden volar hacia atrás e incluso panza arriba, como pequeños aviones acrobáticos.

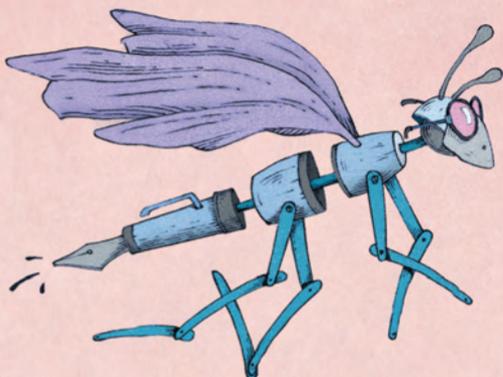
¿Todos chiquitos?

Los insectos son un grupo extraordinariamente diverso. Presentan tamaños, colores, formas y conductas muy distintas. Estamos acostumbrados a que sean bastante pequeños y la mayoría lo son. Por ejemplo, muchos escarabajos miden menos

de un milímetro de longitud, pero en las zonas tropicales pueden alcanzar tamaños sorprendentes. Hay escarabajos que miden 17 centímetros y algunos insectos palo llegan a los 30 centímetros de longitud.

El cuerpo de los insectos está dividido en tres regiones: cabeza, tórax y abdomen. En la cabeza, que es la unidad central de procesamiento de la información, se localizan los ojos, las antenas y los aparatos bucales. Las partes de la boca de las diversas especies son muy distintas según la acción específica que desempeñen: mascar, cortar, chupar, absorber, perforar, raspar, lamer, engullir o cualquier combinación de éstas.

Muchos insectos se ven mucho más peligrosos de lo que son y ésta es una defensa efectiva, pues los depredadores prefieren no enfrentarse con un bicho de aspecto muy amenazante. Cuando la molestan, la mantis religiosa puede adoptar, por ejemplo, una posición que la hace parecer enorme y sumamente agresiva: se yergue, despliega sus brillantes alas y dispone sus patas delanteras como si fueran terribles agujones, aunque el daño que puede causar a un animal grande es insignificante. A la mayoría de las personas les horrorizan unos ortópteros llamados grillos topo, más conocidos en México como “cara de niño”, que pese a su desagradable aspecto, son absolutamente inofensivos. 



El perro que deseaba ser un ser humano

Augusto Monterroso

En la casa de un rico mercader de la ciudad de México, rodeado de comodidades y de toda clase de máquinas, vivía no hace mucho tiempo un Perro al que se le había metido en la cabeza convertirse en un ser humano, y trabajaba con ahínco en esto.

Al cabo de varios años, y después de persistentes esfuerzos sobre sí mismo, caminaba con facilidad en dos patas y a veces sentía que estaba ya a punto de ser un hombre, excepto por el hecho de que no mordía, movía la cola cuando encontraba a algún conocido, daba tres vueltas antes de acostarse, salivaba cuando oía las campanas de la iglesia, y por las noches se subía a una barda a gemir viendo largamente a la luna. 🍷



Caprichos

Jaime Sabines

1

La niña toca el piano
mientras un gato la mira.
En la pared hay un cuadro
con una flor amarilla.
La niña morena y flaca
le pega al piano y lo mira
mientras un duende le jala
las trenzas y la risa.
La niña y el piano siguen
en la casa vacía.

2

El cielo estaba en las nubes
y las nubes en los pájaros,
los pájaros en el aire
y el aire sobre sus manos.

La yerba le acariciaba
ásperamente los labios
y sus ojos le contaban
una tristeza de algo:
como ropa de mujer
tendida, limpia, en el campo.





3

Llenas de tierra las manos
y los ojos llenos de agua,
voy a decirte un secreto:
no tengo casa.
No, no tengo casa.

Desabróchame la piel
de la espalda
y úntame yodo y arena
para borrar esa marca.
Tengo una marca.

No me dejes en el cuello
la garganta
callándose tanto tiempo
lo de mi casa.
Que me duele, de veras,
no tener casa.



Las pequeñas memorias

José Saramago

Nunca fui gran pescador. Usaba, como cualquier otro muchacho de la misma edad y tan modestas posesiones como eran las mías, una caña vulgar con el anzuelo, el plomo y la boya de corcho o mosca atados al hilo de pescar, nada que se pareciera a los artefactos modernos que habrían de aparecer por allí más tarde y que alcancé a ver en las manos de algunos aficionados locales cuando ya era mayorcito y había abandonado las ilusiones piscatorias. Como consecuencia de lo dicho, mis capturas siempre se reducían a unas cuantas carpas, pequeños y escasos barbos, y muchas horas pasadas en vano (en vano, hablando bien, ninguna, porque sin darme cuenta iba “pescando” cosas que en el futuro no iban a ser menos importantes para mí: imágenes, olores, sonidos, brisas, sensaciones). Al sol, si no castigaba demasiado, o a la sombra de algún sauce llorón, esperando que algún pez picara. Por lo general, sentado a la vera del agua, operaba en el “río de mi aldea”, el Almonda, al fin de la tarde, porque con los grandes calores ya se sabía que los peces se metían entre las piedras y no venían al anzuelo. Otras veces a un lado y a otro de la desembocadura de nuestro río, y en algunas señaladas ocasiones remando hacia más lejos, atravesaba el Tajo hacia la parte sur y ahí me dejaba estar, abrigado por bancos de arena como si estuviera bajo un dosel, que era como más me gustaba. Los pescadores eméritos de la tierra presumían de tener sus propios métodos, sus estrategias y sus artes mágicas, que generalmente duraban una temporada para dar paso a otros métodos, otras estrategias, otras mágicas artes siempre más eficaces que las anteriores. Nunca llegué a beneficiarme de ninguna de ellas. La última



de la que tengo memoria fue un famoso polvo de rosal (la duda que entonces tenía, y hasta hoy dura, era saber qué parte del rosal sería la que los entendidos pulverizaban: quiero creer que fuese la flor), gracias al cual, previamente lanzado al agua como una especie de señuelo poético, los peces caían, perdóneseme la incorrecta comparación, como tordos. El pobre de mí jamás pudo tocar con sus indignos dedos aquel oro en polvo. Y ésa sería, seguramente, la causa del desaire que sufrí ante el mayor (aunque para siempre jamás invisible) barbo de la historia piscícola del Tajo. Contaré con palabras simples el lamentable incidente. Había salido con mis pertrechos a pescar en la desembocadura del Almonda, lo que llamábamos la “boca del río”, donde por una estrecha lengua de arena se pasaba en esa época al Tajo, y allí estaba, ya el día hacía sus despedidas, sin que la boya del corcho hubiera dado ninguna señal de movimiento subacuático, cuando, de repente, sin haber pasado antes



por ese temblor excitante que anuncia los tientos del pez mordiendo el anzuelo, se sumergió de golpe en las profundidades, casi arrancándome la caña de las manos. Tiré, fui tirando, pero la lucha no duró mucho. El hilo estaba mal atado, o podrido, con un tirón violento el pez se lo llevó todo, anzuelo, boya y plomada. Imagínense ahora mi desesperación. Allí, a la vera del río donde el malvado debía de estar escondido, mirando el agua nuevamente tranquila, con la caña inútil y ridícula en las manos y sin saber qué hacer. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea más absurda de toda mi vida: correr a casa, armar otra vez la caña de pescar y regresar para ajustar cuentas definitivas con el monstruo. Pues bien, la casa de mis abuelos estaba a más de un kilómetro del lugar donde me encontraba, y era necesario ser tonto del todo (o ingenuo, simplemente) para tener la disparatada esperanza de que el barbo iba a estar allí esperándome, entreteniéndose en digerir no sólo el cebo sino también el anzuelo y



el plomo, y ya de paso la boya, mientras la nueva **pitanza** no llegaba. Pues a pesar de eso, contra toda razón y sentido común, salí disparado por la orilla del río, luego campo adentro, atravesando olivares y rastros para atajar camino, hasta irrumpir jadeante en la casa, donde le conté a mi abuela lo que había sucedido mientras iba preparando la caña, y ella me preguntó si yo creía que el pez iba a estar todavía allí, pero yo no la oí, no la quería oír, no la podía oír. Regresé al lugar, el sol ya se había puesto. Lancé el anzuelo y esperé. No creo que exista en el mundo un silencio más profundo que el silencio del agua. Lo sentí en aquella hora y nunca lo he olvidado. Allí estuve hasta no distinguir la boya que sólo la corriente hacía oscilar un poco, y, por fin, con la tristeza clavada en el alma, enrollé el hilo y regresé a casa. Aquel barbo había vivido mucho, debía de ser, por la fuerza que demostró, una bestia corpulenta, pero seguro que no moriría de viejo, alguien lo pescaría cualquier otro día. De alguna manera, con mi anzuelo enganchado en las agallas, tenía mi marca, era mío. 🍷

Microrrelatos 2

Dos amigos

Dos amigos iban por el bosque cuando de pronto les salió al encuentro un oso. Uno de los amigos se echó a correr, se trepó a lo más alto de un árbol y se agazapó; el otro se quedó en el camino. No podía hacer nada, así que se tiró bocabajo y se fingió muerto.

El oso se le acercó y lo olfateó. Él contuvo la respiración.

El oso le olisqueó la cara, pensó que estaba muerto y se alejó.

Cuando el oso ya se había ido, el que estaba en el árbol bajó divertido:

—¿Qué te dijo el oso al oído?

—Me dijo que la gente mala es la que en momentos de peligro abandona a sus amigos.

León Tolstói

El deseo de ser piel roja

Si uno pudiera ser un piel roja, siempre alerta, cabalgando sobre un caballo veloz, a través del viento, constantemente sacudido sobre la tierra estremecida, hasta arrojar las espuelas, porque no hacen falta espuelas, hasta arrojar las riendas, porque no hacen falta riendas, y apenas viera ante sí que el campo es una pradera rasa, habrían desaparecido las crines y la cabeza del caballo.

Franz Kafka



La pobre viejecita

Rafael Pombo

Érase una viejecita
sin nadita qué comer
sino carnes, frutas, dulces,
tortas, huevos, pan y pez.

Bebía caldo, chocolate,
leche, vino, té y café,
y la pobre no encontraba
qué comer ni qué beber.

Y esta vieja no tenía
ni un ranchito en qué vivir
fuera de una casa grande
con su huerta y su jardín.



Nadie, nadie la cuidaba
sino Andrés y Juan y Gil
y ocho criados y dos pajes
de **librea** y corbatín.

Nunca tuvo en qué sentarse
sino sillas y sofás
con banquitos y cojines
y resorte al espaldar.

Ni otra cama que una grande
más dorada que un altar,
con colchón de blanda pluma,
mucho seda y mucho holán.

Y esta pobre viejecita
cada año, hasta su fin,
tuvo un año más de vieja
y uno menos que vivir.





El rey sapo, o Heinrich el de los hierros

Hermanos Grimm

En aquellos tiempos dorados en los que el deseo aún tenía poder, vivía un rey cuyas hijas eran todas muy bellas; pero la más pequeña era tan adorable que incluso el sol, que tantas cosas ha visto, se quedaba maravillado cada vez que brillaba sobre su rostro. No lejos del palacio del rey había un bosque muy profundo y oscuro, y al pie de un tilo se encontraba un pozo. Cuando hacía mucho calor, la princesa solía meterse en el bosque y sentarse al borde del pozo, del cual parecía emanar un frescor maravilloso.

Para entretenerse jugaba con una canica de oro, la lanzaba al aire y la cazaba al vuelo. Era su juego preferido. Cierta día la lanzó de forma algo descuidada, y no logró cazarla. La canica se alejó rodando por el suelo camino del pozo, alcanzó el borde, y allí desapareció de la vista.

La princesa corrió en pos de la canica y miró al fondo del agua; pero era un pozo tan profundo que no consiguió divisarla. Ni siquiera alcanzaba a vislumbrar el fondo del pozo.

Se puso a llorar, y siguió llorando cada vez más fuerte, inconsolablemente. Pero mientras seguía llorando y sollozando, oyó una voz que le hablaba.

—¿Qué te ocurre, princesa? Lloras tan amargamente que incluso las piedras se apiadarían de ti.

La princesa volvió la cabeza para ver de dónde salía esa voz, y vio un sapo cuya fea cabeza asomaba por la superficie del agua.



—Ah, eres tú, el que siempre anda chapoteando —dijo ella—. Lloro porque se ha caído al agua mi canica de oro, y es tan hondo que no alcanzo a verla.

—Entonces, ya puedes dejar de llorar, ahora mismo —dijo el sapo—. Yo puedo ayudarte a recuperarla. Pero, dime, ¿qué me darías si bajo a buscar tu canica?

—¡Todo lo que me pidas, sapo! ¡Cualquier cosa! Mi ropa, mis perlas, mis joyas, hasta la corona de oro que llevo en la cabeza.

—No quiero tu ropa, y tus joyas y tu corona no me servirían de nada, pero si me quieres y me llevas contigo para que sea tu compañero de juegos y tu amigo, si dejas que me siente a la mesa junto a ti y que coma de tu plato y beba de tu copa y duerma en tu cama, me zambulliré hasta el fondo y te traeré tu canica de oro.



La princesa se puso a pensar: “¿Se puede saber qué tonterías está diciendo este sapo estúpido? Da lo mismo lo que anhele, porque tendrá que permanecer en el agua, que es donde él vive. Aunque tal vez sí pueda traerme mi canica”. Naturalmente, la princesa no dijo nada de lo que pensaba. Sino que dijo:

—Sí, sí. Tráeme la canica y te prometo todo eso que me pides.

En cuanto el sapo oyó decir “sí”, metió la cabeza en el agua y se zambulló hasta el fondo. Al cabo de un momento ya había nadado de regreso hasta la superficie, con la canica sujeta en la boca, y la escupió y la hizo llegar a la hierba.

La princesa se sintió tan feliz al verla que salió corriendo hacia ella, la tomó y se fue corriendo de allí.

—¡Espera, espera! —gritó el sapo—. ¡Llévame contigo! ¡Avanzando a saltos no soy tan rápido como tú! ¡No corras!

Pero ella no le hizo caso. Corrió a casa y olvidó por completo al pobre sapo, que terminó regresando al pozo donde vivía.

Al día siguiente la princesa estaba sentada a la mesa con su padre el rey y toda la corte, y comía los alimentos que le habían servido en el plato de oro, cuando se oyó que algo ascendía a brincos por los peldaños de mármol: plip plop, plip plop. Una vez en lo alto, llamó a la puerta y gritó:

—¡Princesa! ¡La más pequeña! ¡Ábreme la puerta!

Ella corrió a ver quién podía ser, abrió la puerta, y se encontró ante el sapo.



Asustada, cerró de un portazo sin esperar un momento, y regresó corriendo a la mesa.

El rey advirtió que el corazón de la princesa latía con mucha fuerza, y dijo:

—¿De qué tienes miedo, mi pequeña? ¿Has visto a un gigante al otro lado de la puerta?

—¡Qué va! No es un gigante, es un sapo horrible.

—¿Y qué pretende ese sapo de ti?

—Mira, padre, ayer, cuando estaba jugando en el bosque cerca del pozo, se me cayó al agua mi canica de oro. Y me puse a llorar, y como lloraba tanto el sapo bajó a recogerla, y como insistió tanto, tuve que prometerle que le dejaría ser amigo mío. Pero yo creí que no iba a poder alejarse del agua. ¡Y ahora resulta que ha venido hasta aquí y pretende que le deje entrar!

Entonces se oyó que llamaban otra vez a la puerta, y que una voz entonaba:

¡Princesa, princesa, del rey la hija menor,
abre y déjame entrar!

O la promesa que me hiciste junto al pozo
valdrá tanto como una aguja oxidada.

¡Hija del rey, cumple tu promesa,
abre y déjame entrar!

El rey dijo entonces:

—Si haces una promesa, tienes que cumplirla. Ve a abrir y déjalo que pase.

La princesa abrió la puerta y el sapo entró dando saltos en la estancia. Y, sin dejar de saltar, se acercó a la silla de la princesa.

—Levántame —dijo el sapo—. Quiero sentarme a tu lado.

Ella no quería, pero el rey le dijo:



—Venga, haz lo que te pide.

Así que la princesa tomó al sapo y lo levantó. Cuando ya estaba en la silla él pidió que lo subiera a la mesa, y ella no tuvo más remedio que ponerlo allí, y entonces él dijo:

—Acerca un poco tu plato de oro para que pueda comer contigo.

Ella accedió, y todo el mundo se dio cuenta de lo mucho que a ella le repugnaba aquello. Todo lo contrario que al sapo. Éste comió del plato de ella con sumo placer, y cada vez que el sapo daba un bocado era como si la comida se le quedase pegada a la garganta de la princesa.

Finalmente dijo el sapo:

—Muy bien, me he hartado, muchas gracias. Ahora me gustaría ir a la cama. Llévame a tu cuarto y prepara tu cama de seda para que podamos dormir juntos.

La princesa rompió a llorar, porque la piel del sapo le daba pavor. Se puso a temblar de sólo imaginarse el cuerpo del sapo metido en su cama limpiísima. Pero el rey frunció el ceño y dijo:

—¡No deberías despreciar a quien te prestó su ayuda cuando más apurada estabas!

La princesa tomó al sapo con la punta de los dedos y se lo llevó a su cuarto, pero al llegar lo dejó en el suelo y cerró la puerta.

Pero el sapo siguió llamando y diciendo a gritos:

—¡Quiero entrar! ¡Quiero entrar!

Así que ella abrió la puerta y dijo:

—¡De acuerdo! Te permito entrar, pero tendrás que dormir en el suelo.

Puso al sapo al pie de la cama, pero él siguió insistiendo:

—¡Déjame subir! ¡Déjame subir! ¡Estoy tan cansado como tú!

—¡Será posible! —dijo ella, y lo recogió y lo puso al otro extremo de la almohada.

—¡Más cerca! ¡Más cerca! —dijo él.

Aquello era intolerable. Presa de un ataque de furia, la princesa tomó al sapo y lo arrojó contra la pared. Pero, ¡oh, sorpresa! El sapo, al deslizarse sobre la cama, ya no era un sapo. Se había convertido en un joven, un príncipe que la miraba con unos bellos y sonrientes ojos.

Y ella lo amó y lo aceptó como compañero, exactamente tal como había deseado el rey. El príncipe le contó que una bruja malvada le había lanzado un maleficio, y que sólo ella, la princesa, podía rescatarlo del pozo. Es más, le contó que al día siguiente llegaría un carruaje para llevárselos a los dos al reino del príncipe. Y después de eso se quedaron dormidos el uno junto al otro.

Y a la mañana siguiente, tan pronto como el sol los despertó, un carruaje llegó a palacio, exactamente como había dicho el príncipe. Tiraban de él ocho caballos sobre cuyas cabezas ondeaban muchas plumas de avestruz y entre cuyas guarniciones se veían destellos de cadenas de oro. Sentado en la parte trasera del carruaje viajaba el fiel Heinrich. Era el criado del príncipe, y cuando supo que su amo había sido transformado en un sapo, se llevó tal disgusto que enseguida fue a casa del herrero y le pidió que le pusiera tres flejes de hierro en el pecho para evitar que el corazón le estallara de dolor.

El fiel Heinrich les ayudó a instalarse en el carruaje y volvió a ocupar su puesto en la parte de atrás. Estaba loco de alegría al ver de nuevo al príncipe.

Cuando apenas había recorrido un corto trecho, el príncipe oyó a su espalda un fortísimo estallido. Se dio la vuelta y exclamó:

—¡Heinrich, el coche se está partiendo en dos!

—No, no, señor. No es más que mi corazón. Cuando vivías en el pozo, cuando eras un sapo, sentí semejante dolor que sujeté mi corazón con unos flejes de hierro para impedir que me estallara, porque el hierro es

más fuerte que el dolor. Pero el amor es más fuerte que el hierro, y ahora que vuelves a ser una persona los flejes de hierro se están rompiendo y caen en pedazos.

Otras dos veces oyeron el mismo fortísimo estallido, y en cada ocasión creyeron que se partía el carruaje, pero todas las veces se equivocaron: era otra cadena de hierro de las que sujetaban el pecho del fiel Heinrich, que liberaban su corazón al saber que su amo volvía a estar a salvo. 



Diccionario poético 3

Amar: Tal vez amar es aprender a caminar por este mundo.

Octavio Paz



Meteoro: La luz, alejándose de nuevo de nosotros.

Paul Auster



Poesía: Te forman las palabras
que salen del silencio.

Xavier Villaurrutia



En las playas

Rabindranath Tagore

En las playas de todos los mundos se reúnen los niños. El cielo infinito se encalma sobre sus cabezas; el agua impaciente se alborota. En las playas de todos los mundos, los niños se reúnen, gritando y bailando.

Hacen casitas de arena y juegan con las conchas. Su barco es una hoja seca que botan, sonriendo, en la vasta profundidad. Los niños juegan en las playas de todos los mundos.

No saben nadar; no saben echar la red. Mientras el pescador de perlas se sumerge por ellas, y el mercader navega en sus navíos, los niños recogen piedrecillas y vuelven a tirarlas. Ni buscan tesoros ocultos ni saben echar la red.

El mar se alza, en una carcajada, y brilla pálida la playa sonriente. Olas asesinas cantan a los niños baladas sin sentido, igual que una madre que meciera a su hijo en la cuna. El mar juega con los niños, y, pálida, luce la sonrisa de la playa.

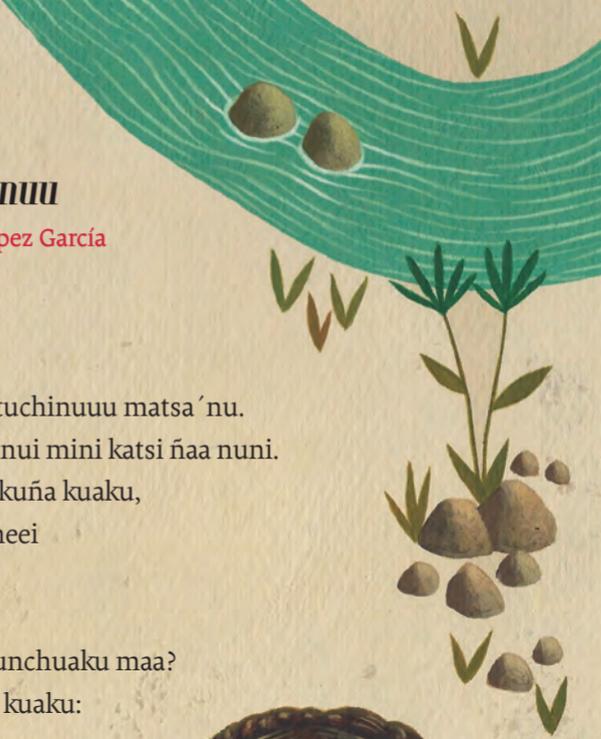
En las playas de todos los mundos se reúnen los niños. Rueda la tempestad por el cielo sin caminos, los barcos naufragan en el mar sin rutas, anda suelta la muerte, y los niños juegan. En las playas de todos los mundos se reúnen, en una gran fiesta, todos los niños. 🍃





Ntuchinuu

Nadia López García



Me mayu kachi ñaa naan ntuchinuuu matsa 'nu.
ntakuiniyu nishikaa ntuchinui mini katsi ñaa nuni.
Keenchua ntisiniyu ña tsaakuña kuaku,
sansoo tsaakuña ta seei ncheei
ta kata,
ta skai cafe.
Nintakatuuñaa nuvaa ¿Sakunchuaku maa?
Kasha ña sicaso yuha inikó kuaku:
yeenu kanara
nchaa 'ka kuanu yuchaku.
Vichi kuñaa nikunta ini yuu
Vichi sika yucha iniyu
ra me ntuchinuu.



Ojos

Nadia López García

Mi madre dice que tengo los ojos de mi bisabuela,
recuerdo sus ojos mientras limpiaba maíz.

Muchas veces la vi llorar,
llorar cuando cocinaba,
cuando cantaba,
cuando ponía café.

Es cierto, le pregunté ¿por qué lloras tanto más?

Y ella me decía, así, sin dejar de llorar:

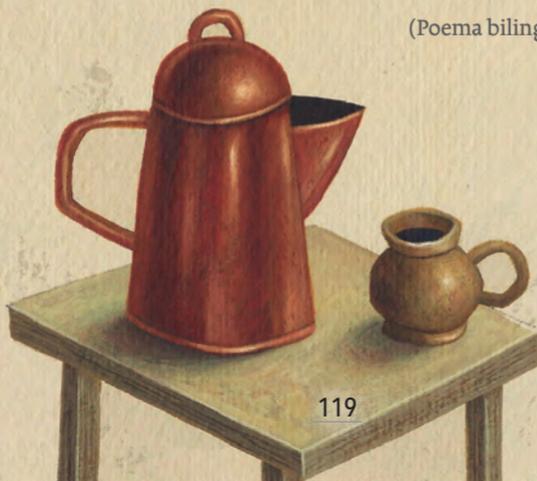
porque nosotras tenemos ríos adentro
y a veces se nos salen,
tus ríos aún no crecen,
pero pronto lo harán.

Ahora lo comprendo todo,

ahora tengo ríos en mí

y en mis ojos.

(Poema bilingüe mixteco-español.)



El hombre que contaba historias

Oscar Wilde

Había una vez un hombre muy querido de su pueblo porque contaba historias. Todas las mañanas salía del pueblo y, cuando volvía por las noches, todos los trabajadores del pueblo, tras haber bregado todo el día, se reunían a su alrededor y le decían:

—Vamos, cuenta, ¿qué has visto hoy?

Él explicaba:

—He visto en el bosque a un **fauno** que tenía una flauta y que obligaba a bailar a un corro de **silvanos**.

—Sigue contando, ¿qué más has visto? —decían los hombres.



—Al llegar a la orilla del mar he visto, al filo de las olas, a tres sirenas que peinaban sus verdes cabellos con un peine de oro.

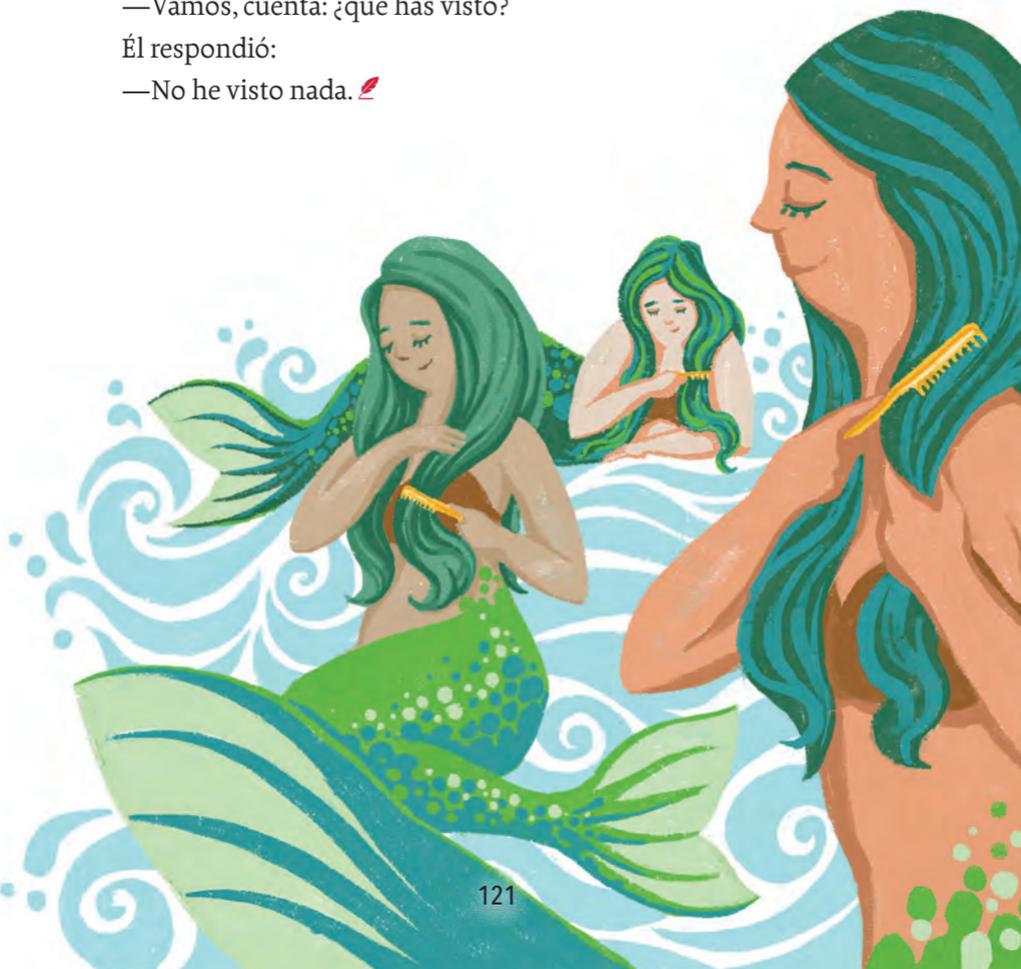
Y los hombres lo apreciaban porque les contaba historias.

Una mañana dejó su pueblo, como todas las mañanas... Mas al llegar a la orilla del mar, he aquí que vio a tres sirenas, tres sirenas que, al filo de las olas, peinaban sus cabellos verdes con un peine de oro. Y, como continuara su paseo, en llegando cerca del bosque, vio a un fauno que tañía su flauta y a un corro de silvanos... Aquella noche, cuando regresó a su pueblo y, como los otros días, le preguntaron:

—Vamos, cuenta: ¿qué has visto?

Él respondió:

—No he visto nada. 🍷



La tortuga y la hormiga

José Joaquín Fernández de Lizardi

Una Tortuga en un pozo
a una Hormiga así decía:
—En este mezquino invierno,
dime, ¿qué comes, amiga?
—Como trigo —le responde—,
como maíz y otras semillas,
de las que dejo en otoño
mis bodegas bien provistas.
—¡Ay! ¡Dichosa tú! —exclamaba
la Tortuga muy fruncida—;
¡qué vida te pasas!
¡Oh, quién fuera tú, sobrina!
y no yo, ¡infeliz de mí!
que en este pozo metida
todo el año, apenas como
una que otra sabandija.





—¿Pero en todo el año qué haces?

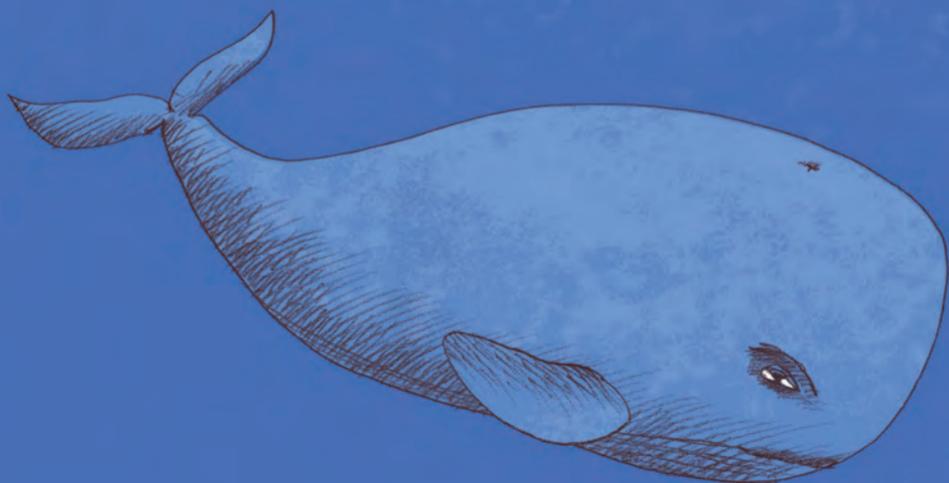
—preguntaba la Hormiguilla—,
y la Tortuga responde:

—Yo, la verdad, todo el día
me estoy durmiendo en el fondo
de este pantano o sentina,
y de cuando en cuando salgo
a solearme la barriga.

—Pues entonces no te quejes

—la Hormiguilla respondía—

de las hambres que padeces
ni de tu suerte mezquina;
porque es pena natural,
y aun al hombre prevenida,
que a aquel que en nada trabaja
la necesidad persiga.



Moby Dick

Herman Melville

La caza. Primer día

Esa noche, en la media guardia, cuando el anciano —como solía hacerlo de tiempo en tiempo— salió de la **escotilla**, donde estaba reclinado, y se dirigió a su agujero, estiró de pronto y ferozmente el rostro, husmeando el aire marino, como lo hacen los perros de a bordo en la proximidad de alguna isla salvaje. Declaró que un cachalote debía estar cerca. Muy pronto, ese olor particular del cachalote vivo, que a veces se siente a una gran distancia, resultó evidente a toda la guardia; ninguno de los marineros se sorprendió, pues, cuando Ahab, tras de inspeccionar primero la brújula y luego el cataavientos, y de determinar, lo mejor posible, la dirección exacta de donde procedía el olor, ordenó rápidamente que se alterara un poco el rumbo del barco y se encogieran algo las velas.

La prudencia de estos movimientos encontró su justificación al romper el día en el espectáculo de una gran extensión lisa directamente al frente, suave como el aceite, y semejante, en los pliegues arrugados que la rodeaban, a las marcas como de metal pulido de un descenso veloz de la marea en la boca de una corriente rápida y profunda.

—¡Gente a los topes! ¡Todo el mundo arriba!

Daggoo, atronando con los mangos de tres palancas en la cubierta del **castillo de proa**, despertó a todos los que dormían con tal estrépito de juicio final que salieron como exhalación por la escotilla y se presentaron instantáneamente con las ropas en las manos.

—¿Qué ves? —gritó Ahab, elevando el rostro al cielo.

—¡Nada, nada, señor! —llegó desde lo alto como respuesta.

— ¡Juanetes! ¡Arrastraderas! ¡Abajo y arriba y a ambos costados!

Una vez desplegadas todas las velas, Ahab soltó el cabo reservado para izarlo a él hasta el tope del palo mayor. A los pocos momentos lo elevaban hacia allí, pero a los dos tercios del recorrido, mientras observaba atentamente a través del espacio libre entre la **gavia** mayor y el juanete mayor, lanzó al aire un grito como de gaviota.

— ¡Allí sopla! ¡Allí sopla!... ¡Una joroba como montaña de nieve! ¡Es Moby Dick!

Excitados por el grito, recogido instantáneamente por los tres vigías, los hombres de cubierta se precipitaron a los aparejos, decididos a echar un vistazo al famoso cachalote que perseguían desde hacía tanto tiempo. Ahab se encontraba ya en su percha, algo más arriba que los demás vigías. Tashtego estaba justo debajo de él, en el tamborete del **mastelero** del juanete mayor, de modo que la cabeza del indio estaba casi al mismo nivel que el talón de Ahab. Desde esa altura se veía a la sazón al cachalote a una milla de distancia, más o menos; a cada movimiento del mar se percibía la joroba blanca y rutilante. El chorro silencioso salpicaba regularmente el aire. A los marineros crédulos les parecía el mismo chorro silencioso observado mucho antes en los océanos Atlántico e Índico a la luz de la luna.



—¿Ninguno de ustedes lo vio antes? —gritó Ahab, dirigiéndose a los vigías a su alrededor.

—Yo lo vi casi en el mismo instante, capitán Ahab —dijo Tashtego—, y di el grito.

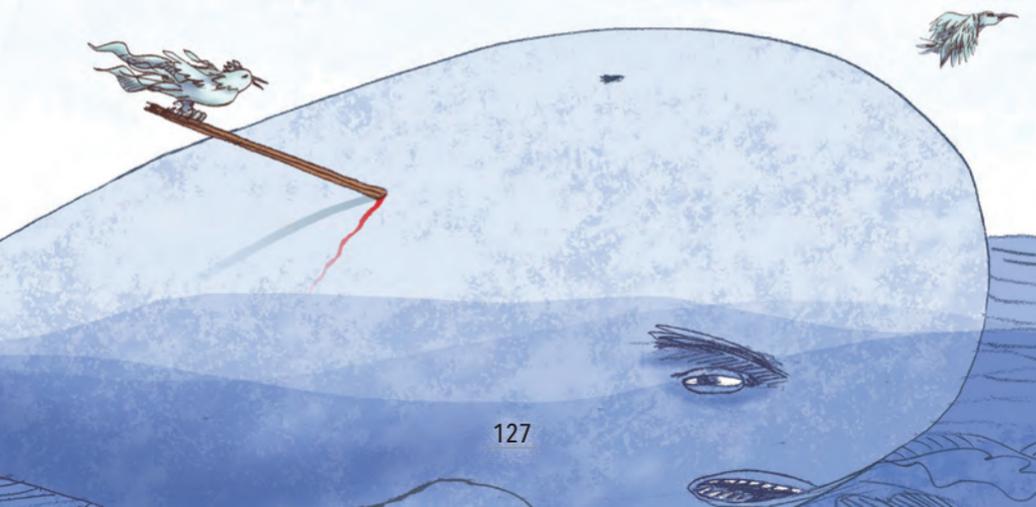
—No, en el mismo instante, no... el **doblón** es mío. El destino me lo había reservado. Yo solo; ninguno de vosotros podría haberlo distinguido antes. ¡Sopla! ¡Sopla!... ¡Otra vez!... ¡Otra vez! —gritó en tonos arrastrados, prolongados, metódicos, acompasados a las prolongaciones graduales de los chorros visibles del cachalote.

—¡Está por sumergirse! ¡Quiten las arrastraderas! ¡Arrien los juanetes! Preparen tres botes. Señor Starbuck, recuérdalo, permanece a bordo, cuida del barco. ¡Atención, timonel! ¡**Orcen**, orcen un punto! Así; ¡tranquilo, hombre, tranquilo! ¡Ahí levanta las aletas! No, no; nada más que agua sucia. ¿Listos los botes? ¡No se muevan! Desciéndeme, señor Starbuck; más bajo, más bajo... ¡rápido, más rápido!

Y se deslizó por el aire a cubierta.

—Se dirige directamente hacia **sotavento** —gritó Stubb— se aleja de nosotros, señor; aún no puede haber visto el barco.

—¡Enmudece, hombre! Listos en las brazas. ¡Baja el timón! ¡Braceen! **Flameen**... flameen... Así ¡muy bien hecho! ¡Botes, botes!



En seguida se descendieron todos los botes, menos el de Starbuck, se desplegaron sus velas y empezaron a trabajar los remos, con velocidad extraordinaria, en dirección a sotavento. El de Ahab, a la cabeza del grupo. Un brillo pálido, mortal, encendió los ojos hundidos de Fedallah; un movimiento espantoso le sacudió la boca.

Como silenciosos caracoles de mar, los botes de proas ligeras surcaban apresuradamente las aguas; pero sólo lentamente se aproximaron a su enemigo. A medida que se acercaban a él, el océano se volvía más liso, como si extendiera una alfombra sobre las olas; como si fuera una pradera del mediodía; tanta era su serenidad. Por fin el cazador impaciente se acercó tanto a su presa, aparentemente confiada, que toda la joroba deslumbrante se hizo claramente visible, deslizándose en el mar como un objeto aislado, y siempre en medio de un anillo giratorio de espuma verde, fina y enortijada. Ahab distinguió las grandes y complicadas arrugas de la cabeza, proyectada levemente sobre la superficie algo más allá. Delante de ella, avanzaba sobre las suaves aguas rugosas la sombra blanca y brillante de su frente lechosa y amplia, acompañada juguetonamente por un murmullo musical; detrás, las aguas azules desembocaban alternativamente en el valle movedizo de la estela uniforme; a ambos lados, burbujas brillantes surgían y bailaban junto al cetáceo. Pero estas burbujas se rompían con las garras ligeras de centenares de pájaros alegres que con sus plumas acariciaban suavemente el mar para volver a remontarse en vuelo caprichoso. Como el asta de la bandera que sobresale del casco pintado de un **bajel**, el mango largo y estropeado de una lanza clavada recientemente se alzaba del lomo del cachalote blanco. De tiempo en tiempo, uno de los pájaros que como nube revoloteaban a su alrededor, a veces tocándolo ligeramente, se posaba sobre el asta y se columpiaba agitando como pendones las largas plumas de la cola. 

El Potro Oscuro

Miguel Hernández

Una vez había un potro oscuro.
Su nombre era Potro-Oscuro
Siempre se llevaba a los niños y las niñas
a la Gran Ciudad del Sueño.
Se los llevaba todas las noches.
Todos los niños y las niñas
querían montar sobre el Potro-Oscuro.

Una noche encontró un niño.

El niño dijo:

¡Llévame, caballo pequeño,
a la Gran-Ciudad-del-Sueño!



—¡Monta! —dijo el Potro-Oscuro.
Montó el niño, y fueron galopando,
galopando, galopando.
Pronto encontraron en el camino
a una niña. La niña dijo:
¡Llévame, caballo pequeño,
a la Gran-Ciudad-del-Sueño!
Montó la niña, y fueron galopando,
galopando, galopando.
Pronto encontraron en el camino
un perro blanco.
El perro blanco dijo:
¡Guado, guado, guaguado!
¡A la Gran-Ciudad-del-Sueño
quiero ir montado!
—¡Monta! —dijeron los niños.
Montó el perro blanco, y fueron galopando,
galopando, galopando.
Pronto encontraron en el camino
una gatita negra.
La gatita negra dijo:
¡Miaumido, miaumido, miaumido!
¡A la Gran-Ciudad-del-Sueño
quiero ir, que ya ha oscurecido!
—¡Monta! —dijeron los niños y el perro blanco.
Montó la gatita negra, y fueron
galopando, galopando, galopando.
Pronto encontraron en el camino
una ardilla gris.



La ardilla gris dijo:
¡Llévenme ustedes, por favor,
a la Gran-Ciudad-del-Sueño,
donde no hay pena ni dolor!

—¡Monta! —dijeron los niños,
el perro blanco y la gatita negra.
Montó la ardilla gris, y fueron galopando,
galopando, galopando.
Galopando y galopando, hicieron
leguas y leguas de camino.
Todos eran muy felices. Todos cantaban,
y cantaban, y cantaban.

El niño dijo:
¡Deprisa, deprisa, Potro-Oscuro!
Ve más deprisa.
¡Pero el Potro-Oscuro
no quería ir deprisa!
El Potro-Oscuro iba despacio,
despacio, despacio.
Había llegado a la Gran-Ciudad-del-Sueño.
Los niños, el perro blanco,
la gatita negra y la ardilla gris estaban dormidos.
Todos estaban dormidos
al llegar el Potro-Oscuro
a la Gran-Ciudad-del-Sueño.



Grillo y la yegua perdida

Anónimo

En una hacienda había un muchacho al que llamaban Grillo. Se había criado ahí y no tenía más familia que su mamá. El patrón lo quería mucho y le tenía mucha confianza, pero no le pagaba bien por su trabajo. Grillo deseaba obtener más dinero para cumplir con sus obligaciones. Por eso se le ocurrió una idea.

El patrón tenía una yegua fina. Era el animal que más estimaba, el que mejor trato recibía en las caballerizas. Pues resulta que una noche Grillo sacó la yegua del establo. Se la llevó al monte, a un lugar que él conocía, y la escondió donde nadie podría dar con ella.

A la mañana siguiente, cuando se descubrió que el animal no estaba, el patrón se puso triste. Grillo, con todo muy bien planeado, se acercó a hablarle.

—Oiga, patrón —le dijo—, ¿cuánto me daría por encontrar su yegua? Porque yo soy medio adivino, ¿sabe?

—Mira, si encuentro a mi yegua, te daré una muy buena propina.

—Ahora verá cómo doy con ella.

El patrón y Grillo ensillaron unas bestias y se fueron al monte a buscar la yegua. Grillo se anduvo haciendo tonto, a pura vuelta y vuelta para despistar. Así pasó la mayor parte del día. Ya muy tarde, el patrón le dijo:



—Mejor nos regresamos a la casa, Grillo. Ya perdí las esperanzas.

—No, patrón, espérese tantito. Me huele a pasojitos frescos. No estamos muy lejos de la yegua.

Y claro, como él ya sabía dónde estaba, al ratito la encontraron.

—¡Qué buen adivino eres! ¡Todo un saurín! —exclamó el patrón.

En el rancho le dio la propina prometida y desde entonces le tuvo mayor aprecio. 

(Relato tradicional de los Altos de Jalisco.)



El perro vagabundo

Carlos Pezoa Véliz

Lleva en su mal la pesadez del plomo.
Nunca la caridad le fue propicia;
no ha sentido jamás sobre su lomo
la suave sensación de una caricia.

Mustio y cansado, sin saber su anhelo,
suele cortar el impensado viaje
y huir despavorido cuando al suelo
caen las hojas secas del ramaje.

Cerca de los lugares donde hay fiestas
suele robar un hueso a otros lebreles,
y gruñir sordamente una protesta
cuando pasa un bull-dog con cascabeles.

En las calles que cruza a paso lento,
buscan sus ojos sin fulgor ni brillo
el rastro de un mendigo **macilento**
a quien piensa servir de lazarillo.



Microrelatos 3

Una fábula

Un caracol quería volverse águila. Salió de su concha, trató muchas veces de lanzarse al aire, y cada vez fracasó. Entonces decidió volver a su concha. Pero ya no cabía, pues habían empezado a crecerle alas.

Mariana Frenk-Westheim



El componedor de cuentos

Los que echaban a perder un cuento bueno o escribían uno malo lo enviaban al componedor de cuentos. Éste era un viejecito calvo, de ojos vivos, que usaba unos anteojos pasados de moda, montados casi en la punta de la nariz, y estaba detrás de un mostrador bajito, lleno de polvorosos libros de cuentos de todas las edades y de todos los países.

Su tienda tenía una sola puerta hacia la calle y él estaba siempre muy ocupado. De sus grandes libros sacaba inagotablemente palabras bellas y aun frases enteras, o bien cabos de aventuras o hechos prodigiosos que anotaba en un papel blanco y luego, con paciencia y cuidado, iba engarzando esos materiales en el cuento roto. Cuando terminaba la compostura se leía el cuento tan bien que parecía otro.

Mariano Silva y Aceves

Las gotas de agua

Vicente Riva Palacio

Era un día de los más calurosos en la mitad del verano. El sol derramaba torrentes de fuego y de luz sobre la tierra, cruzando por un cielo profundamente azul, y en el que no flotaba ni la más ligera nubecilla.

Dormían los vientos en las húmedas grutas de los bosques; se abrigan los pájaros en lo más tupido de la selva; los insectos silbaban entre la hojarasca, y todo en la naturaleza parecía desmayar de sed y de fatiga.

Las hojas **lánguidas** colgaban en sus tallos, y unas flores cerraban sus corolas y otras se inclinaban lanzando su perfume para pedir la lluvia, porque el perfume es la plegaria de las flores, como es también su canto de amor. Pero ninguna murmuraba en el bosque, y esperaban resignadas a la nube bienhechora que debía traerles la lluvia.

Sólo en uno de los valles, esas pequeñas florecillas que brotan entre la hierba, y que son como niños entre las otras flores, murmuraban y pedían agua con toda la irreflexión de la infancia.

Envuelta en transparentes **cendales** de color de rosa, cruzó entonces un hada sobre aquellos campos: no hicieron las florecillas más que



mirarla, y comenzó entre ellas una especie de sublevación para pedir el agua.

En vano el hada les hizo ver que sin la preparación de la sombra que llega con las nubes antes que la lluvia, y después con esa veladura que a la luz del sol le dan las últimas gasas que deja tras de sí la tempestad, el agua podría serles muy dañosa. Las florecillas no escucharon su razonamiento, y tanto insistieron que el hada se resolvió a darles lo que pedían.

Entonces hundió su regadera de oro en uno de los estanques vecinos; la tranquila superficie del agua se rompió con estrépito, formándose en todas direcciones movedizos círculos bordados por los rayos del sol de luces y colores, y que se ensanchaban, se multiplicaban, se cruzaban sin confundirse y seguían trémulos y caminando hasta morir entre las rosas que en los bordes se inclinaban para mirarse en las aguas del estanque.

El hada retiró la regadera henchida y arrojando pequeñas gotas que, heridas por los rayos del sol, parecían una cascada de estrellas, comenzó a derramar improvisada lluvia sobre las florecillas del prado.

Ávidas presentaban todas ellas su cáliz y se sacudían de placer sobre sus tallos, como hacen los pájaros después de la lluvia, y todas quedaron ostentando, como una joya en sus corolas, menudas gotas de agua, que ya tomaban la forma de una esfera de cristal, o ya la de un disco convexo.

Partió el hada, y en los primeros momentos todo fue alegría entre aquellas florecillas; pero poco a poco comenzaron a sentir un calor desconocido y terrible. Los rayos del sol, concentrándose en aquellas gotas de agua, penetraban como dardos de fuego hasta el corazón de las flores; y antes de que esas gotas se hubieran evaporado, las flores doblaban la cabeza mustias y marchitas.

Cuando soplaron en la noche las **auras**, ninguna flor de aquéllas pudo ya sentir sus caricias. 



La conquista del fuego

Anónimo

Esto, cuentan los pieles rojas, sucedió hace mucho tiempo.

Era en aquellos lejanos días en que los hombres entendían el lenguaje de los animales, y en que el can de los desiertos, el astuto coyote gris, era el buen amigo del indio.

En una tribu vivía un muchacho joven, de duras piernas ágiles y de mirada penetrante e inquieta.

Vivía en la tribu, pero saltaba en los bosques, subía a los picos y vadeaba los ríos junto con su inseparable coyote, compañero en el sueño y en la caza.

Muchas veces se habían detenido a mirar cómo los hombres atrapaban los peces entre las grietas de las rocas del río, y cómo las mujeres desenterraban frescas raíces cavando la tierra con afiladas piedras. Era en los largos y tibios días del verano.

Pero al llegar el invierno, las gentes corrían entre la nieve, huyendo del frío enemigo, y se hundían desoladas en el fondo oscuro de las cavernas.

El muchacho miraba con duro gesto pensativo la angustia de su pueblo, miserable y sin defensa bajo el cielo helado.

—Tú —le dijo al coyote— no sientes los cuchillos del frío, porque tienes la piel peluda y gorda, pero ellos tiemblan y mueren. Dime, amigo mío, tú que diriges mis pasos en la caza; dime qué podría yo hacer para que mi pueblo no sufriera tanto.

Nada dijo el coyote, y aquella noche no durmió junto a su amigo. Y no volvió a su lado hasta pasados muchos días con sus noches largas.

Habló entonces el coyote:

—Yo sé lo que tienes que hacer, pero es más difícil que todo cuanto tú has hecho nunca.

—Dímelo. Yo puedo hacer todo lo que no sea imposible.

—Tendrás que ir a la Montaña de Fuego a robar un poco de aquella lumbre y traerla a tu pueblo.

—Y ¿qué es el fuego?, ¿qué es la lumbre? —preguntó el muchacho.

—El fuego es hermoso como una flor roja, pero no es una flor; corre por entre la hierba y la devora como una bestia, pero no es una bestia; es feroz y cruel y, sin embargo, si se le hace una cama entre piedras y se le entregan ramas de árbol para que pueda comer, es un hermano bueno que acaricia el aire y los hombres y las cosas con grandes y brillantes lenguas calientes. Si consigues traerlo, tu pueblo podrá tener el calor guardado, como si guardara un pedazo de sol.

—Sí, yo traeré ese fuego. Ayúdame —dijo el indio.

Fue primero a pedir a los ancianos de la tribu cien mozos fuertes y de pies ligeros. Y todos se pusieron en marcha, guiados por el coyote, hacia la Montaña de Fuego.

Al final de la primera jornada dejaron en un sendero al más débil de los corredores. Allí tendría que descansar y esperar.

Quando terminó el segundo día de camino, quedóse también otro mozo a la espera.

Y así fueron quedándose, uno por cada día, durante cien días de camino. El muchacho de duras piernas ágiles y el coyote quedáronse solos en la última etapa del viaje.

Atravesaron llanos, treparon por los montes y, al fin, llegaron junto al río grande que corre



sobre arenas doradas al pie de la Montaña de Fuego.

La montaña llegaba hasta las nubes y tenía en la cima como una gran sombrilla de humo espeso. Por la noche los espíritus del fuego corrían y danzaban por las laderas como grandes llamas, y el río grande brillaba como si se hubieran incendiado sus aguas.

El coyote le dijo al muchacho:

—Espérame aquí. Voy a traerte un pedazo de lumbre de la montaña. Espera alerta y preparado. Yo llegaré ya rendido y tú tendrás que seguir corriendo, pues los espíritus del fuego te perseguirán.

Comenzó a subir el coyote por las laderas de la montaña, escondiéndose detrás de las piedras, pero los espíritus del fuego lo descubrieron y, al verlo tan flacucho y sucio, se burlaron de su aire inofensivo.

Pero al llegar la noche, cuando los espíritus comenzaron sus juegos y sus danzas en grandes llamas, el coyote se apoderó de una gran rama ardiendo y huyó con ella, montaña abajo, rápido y recto. Las llamas corrían tras él con ruido de fieras encendidas.

Vio el muchacho descender al coyote en la noche lo mismo que una estrella que huye en el cielo. Los espíritus del fuego lo seguían como un río de lumbre. Se acercaba la chispa brillante... ¡Se acerca!... ¡Ya llega!... Allí está. El valiente animal cae al suelo, anhelante y sin fuerzas. Toma rápido el muchacho la llama encendida, y corre, ¡corre!... Los espíritus del fuego hechos llamas corren fieros tras él, pero el muchacho corre y va como una saeta hasta llegar al primer corredor que aguarda con la mano en alto para recibir la antorcha. Y parte con ella, veloz como una flecha lanzada por el arco. Y pasa así la antorcha de mano en mano, sin



detenerse. Y los espíritus del fuego persiguen furiosos la llama robada, hasta las montañas de nieve, que ya no pueden franquear...

Siguió la luz en el aire, pasando de mano en mano de los corredores, y era amarilla y bella en el día, como un trozo de sol, y era en la noche maravillosamente roja.

Llegó la antorcha al último hombre, y de él a la tribu, y allí le hicieron los hombres un lecho entre piedras en medio de la caverna, y la alimentaron amorosamente con ramas secas.

Desde entonces las gentes se alegraron al amor de aquella lumbre enemiga del frío. Y el noble muchacho indio fue ya por todos conocido como el valeroso conquistador del fuego.

También el coyote, desde entonces, puede mostrar por siempre la marca de su acción generosa, pues hasta sus descendientes han conservado en sus flancos la piel amarillenta y como tostada, en recuerdo de su brava hazaña. 



Rig Veda

Anónimo

A la Aurora

La luz se aproxima, la más bella de las luces:
el radiante mensajero ha nacido ya poderoso.
La Noche había surgido impulsada por Savitar:
ahora cede su lecho a la Aurora.

La brillante ha venido en toda su blancura con su ternero esplendente;
La negra ha dejado su lugar ante ella:
una y otra de la misma raza, siguiéndose mutuamente de manera infinita,
las dos mitades del día avanzan alternando sus colores.

Común e ilimitada es la ruta de las dos hermanas;
e instruidas por los dioses, una tras otra la siguen.
Ni se tropiezan ni se detienen, están bien ajustadas,
Noche y Aurora, de un mismo corazón aunque de aspecto diferente.

Resplandeciente guía generosa, ella ha aparecido;
radiante, nos ha abierto las puertas.
Actividad de los seres vivientes, ha revelado nuestras riquezas:
la Aurora despierta todas las cosas.





Viaje al centro de la Tierra

Julio Verne

Mis ojos estaban tan acostumbrados a la oscuridad, que no podía ver nada. Se cerraron bruscamente al no poder soportar el brillo de la luz repentina. Al abrirlos nuevamente mi desconcierto era mayor al asombro. ¡Mi imaginación no podía estar creando aquella escena ante mis ojos!

—¡El mar! ¡El mar! —exclamé.

—Sí —respondió mi tío lleno de orgullo—, ¡el Mar de Lidenbrock! Estoy orgulloso de haberlo descubierto y ningún futuro navegante podrá refutarme el honor de haberlo hecho y la autoridad que tengo de darle nombre.

Era una enorme superficie de agua que se prolongaba más allá del horizonte que podíamos divisar, un lago o un océano se extendía frente a nosotros. Su orilla era muy irregular y estaba cubierta de una suave arena dorada, mezclada con miles de conchas que seguramente fueron el hogar de muchas criaturas vivientes en los primeros tiempos de la creación.

Las olas se estrellaban en la orilla produciendo un incesante murmullo muy característico de los lugares subterráneos. Una ligera espuma volaba con el viento y me mojaba la cara. Sobre aquella playa ligeramente inclinada, a cien **toesas** aproximadamente de la orilla del agua, venían a morir los contrafuertes de enormes rocas que, ensanchándose, se elevaban a una altura tremenda. Había promontorios y enormes acantilados dibujados por el eterno estrépito de las olas contra ellos durante millares de años.

Era un verdadero océano, con la caprichosa sinuosidad de sus playas terrestres, pero desierto, frío y de aspecto espantosamente salvaje.



Mis miradas podían pasearse a lo lejos sobre aquel mar gracias a una claridad especial que iluminaba los menores detalles.

No era la luz del sol con sus haces brillantes y la espléndida irradiación de sus rayos ni la claridad vaga y pálida del astro de la noche, que es sólo una reflexión sin calor. No. El poder iluminador de aquella luz, su difusión temblorosa, su blancura clara y seca, la escasa elevación de su temperatura, su brillo superior en realidad al de la luna acusaban evidentemente un origen puramente eléctrico. Era una especie de aurora boreal, un fenómeno cósmico continuo que alumbraba aquella caverna capaz de albergar en su interior un océano.

La bóveda suspendida encima de mi cabeza, el cielo, si se quiere, parecía formado por grandes nubes, vapores movedizos que cambiaban continuamente de forma y que, por efecto de las condensaciones, deberían convertirse en determinados días, en lluvias torrenciales. Creía yo que, bajo una presión atmosférica tan grande, era imposible la evaporación del agua; pero, en virtud de alguna ley física que ignoraba, gruesas nubes cruzaban el aire. A pesar de ello, el tiempo era bueno. Las corrientes eléctricas producían sorprendentes juegos de luz y dibujaban sobre



las nubes más elevadas vivas sombras en sus bóvedas inferiores. A menudo, entre dos masas separadas, se deslizaba hasta nosotros un rayo de luz de notable intensidad. Pero nada de aquello provenía del sol, puesto que su luz era fría. El efecto era triste y soberanamente melancólico. En vez de un cielo tachonado de estrellas, adivinaba por encima de aquellos nubarrones una bóveda de granito que me oprimía con su peso, y todo aquel espacio, por muy grande que fuese, no hubiera bastado para una evolución del menos ambicioso de todos los satélites.

Entonces recordé aquella teoría de un capitán inglés que comparaba a la tierra con una vasta esfera hueca, en el interior de la cual el aire se mantenía luminoso por efecto de su presión, mientras dos astros, Plutón y Proserpina, describían en ella sus misteriosas órbitas. ¿Habría dicho la verdad? 



Ándeme yo caliente y ríase la gente

Luis de Góngora

Traten otros del gobierno
del mundo y sus monarquías,
mientras gobiernan mis días
mantequillas y pan tierno,
y las mañanas de invierno
naranjada y aguardiente,
y ríase la gente.

Coma en dorada vajilla
el príncipe mil cuidados
como píldoras dorados,
que yo en mi pobre mesilla
quiero más una morcilla
que en el asador reviente,
y ríase la gente.



Cuando cubra las montañas
de blanca nieve el enero,
tenga yo lleno el brasero
de bellotas y castañas,
y quien las dulces patrañas
del rey que rabió me cuente,
y ríase la gente.

Busque muy en hora buena
el mercader nuevos soles;
yo conchas y caracoles
entre la menuda arena,
escuchando a Filomena
sobre el chopo de la fuente,
y ríase la gente.



Juan sin cabeza

Leonora Carrington

El niño Juan tenía alas en lugar de orejas. Se veía raro.

—¡Miren mis orejas! —decía, y la gente se espantaba al verlo.

A Juan le gustaba mover las orejas por las noches, y una vez las movió tanto que su cabeza salió volando por la ventana.

Juan se quedó sin cabeza y no pudo llorar, pues ésta se había quedado con sus ojos. Entonces se levantó y corrió detrás de ella, pero la cabeza se fue saltando de árbol en árbol como si fuera un pichón.

La mamá del niño, que miraba por la ventana, lo vio correr.

—¿A dónde vas, Juan?

—Es que se fue mi cabeza.

—¡Qué desgracia! —exclamó la pobre mujer.

—¡Ja ja ja! —la cabeza reía mientras volaba, y por más que Juan corría no podía alcanzarla.

—Présteme su lazo, señor —dijo Juan a un hombre.

—Sí, niño —le respondió.



Y con el lazo pudo por fin pescarla.

Juan volvió muy cansado a casa con la cabeza brincando detrás, fuertemente amarrada al lazo.

—Mamá —dijo Juan—, pégame la cabeza.

Y su mamá se la pegó en los hombros con chicle, pero como era de noche se la pegó al revés.

—Que no se te vuelva a escapar la cabeza, hijo —dijo su mamá.

Y a partir de entonces Juan tuvo mucho cuidado cuando movía las orejas. 🐉



Poemínimos

Efraín Huerta

Ángel I

El
Ángel
Al
Elevadorista:
“Lléveme
Al
Último
Piso.
Después
Sigo
Solo.”



Ángel II

Y
Si
Me
Caigo
Qué
Del
Cielo
No
Paso



Glosario

- algarada.** Escándalo en el que participan muchas personas que discuten o protestan.
- algazara.** Ruido de voces generado por un grupo de personas alegres.
- almacén.** En América, tiendita de la esquina.
- amortajado, da.** Que tiene puesta la mortaja, vestidura o sábana con la que se entierra a un muerto.
- arrastradera.** Vela pequeña que se agrega al trinquete o mástil más cercano a la proa para aumentar la velocidad de un barco.
- atribulado, da.** Afligido, preocupado.
- atrofiarse.** Ppadecer atrofia o disminución de su tamaño un órgano o tejido, lo que perjudica su funcionamiento.
- aura.** Viento suave.
- bajel.** Barco, especialmente el que es grande y de vela.
- balizar.** Colocar balizas o señales indicadoras en un terreno o en el mar para advertir del peligro o señalar una zona, en especial, la de un recorrido.
- bichito de luz.** En Paraguay, Argentina y Uruguay, luciérnaga.
- canilla.** En América, llave del agua.
- castillo de proa.** En los barcos antiguos, estructura de madera que se colocaba sobre la parte delantera, desde la cual se disparaban las armas o se defendía el barco en caso de abordaje.
- cedal.** Tela de seda o lino muy transparente.
- chotuno, na.** Propio de una cabra.
- cuajado, da.** Inmóvil y como paralizado por el asombro que produce algo. Que está o se ha quedado dormido.
- doblón.** Moneda antigua de oro.
- enigma.** Persona o cosa que es difícil de entender o interpretar.
- escotilla.** Abertura en la cubierta del barco que permite acceder a su interior.
- fauno.** En la mitología romana, semidiós de figura humana, orejas puntiagudas, cuernos y patas de cabra.
- flamear.** Ondear las velas.
- fragua.** Fogón donde se calientan metales para trabajarlos.
- gavia.** Vela que se coloca en el mastelero de un barco, especialmente en el del mástil mayor.
- guantelete.** Pieza de una armadura que cubre y protege la mano.
- homérico, ca.** Que tiene características semejantes a aquellas de las obras del poeta griego Homero, especialmente la grandiosidad.
- irremisiblemente.** Imperdonablemente.

- juancito.** Ardilla pequeña, de cola aplana-
nada y pelaje áspero y escaso de color
café rojizo claro con dos líneas blancas
en los costados rodeadas de pelo más
oscuro; vive en túneles en el desierto,
en suelos rocosos y en matorrales.
- juanete.** Vela que se coloca en el mastelero
de un barco, más arriba que las gavias.
- lánguido, da.** Que no tiene energía.
- librea.** Uniforme de gala.
- lúbrico, ca.** Que es propenso a la lujuria.
- Luis Gonzaga.** En el culto católico, santo
que es patrono de los jóvenes.
- macilento, ta.** Pálido y flaco.
- maravedí.** Moneda española antigua.
- mastelero.** Cada uno de los palos meno-
res que se colocan sobre un mástil y
que sostienen las gavias y los juanetes.
- metamorfosis.** Cambio, transformación.
- modus vivendi.** En latín, manera de ga-
narse la vida.
- orzar.** Dirigir la parte delantera del barco
o proa en dirección del viento.
- páramo.** Terreno plano y árido que casi
no tiene vegetación.
- pecio.** Despojos de una nave que ha nau-
fragado.
- perquisición.** Investigación.
- pinturero, ra.** Que presume de elegante.
- pitanza.** Ración de comida que se distri-
buye a quienes viven en comunidad o
a los pobres.
- polisón.** Armazón que se amarraban las
mujeres a la cintura para abultar la
parte trasera de los vestidos antiguos.
- pollera.** En Sudamérica, falda.
- reminiscencia.** Recuerdo vago. En litera-
tura y música, aquello que evoca algo
anterior o denota su influencia.
- remontados.** Que tienen suelas nuevas;
que les cambiaron las suelas.
- sahuaro.** Cacto en forma de columna
con brazos; sus flores son blancas y
su fruto es rojo y comestible.
- silvano.** En la mitología romana, semi-
dios con figura de anciano que prote-
gía los campos y los bosques.
- siniestro, tra.** Que causa temor o espanto.
- sisear.** Emitir un sonido parecido al de
la *s* o la *ch*, generalmente para mostrar
desacuerdo o para pedir silencio.
- sotavento.** En un barco, lado opuesto a
aquel por donde viene el viento.
- susitar.** Provocar o promover algo.
- tatú.** Armadillo.
- teocali.** En la cultura nahua, templo de
forma piramidal dedicado a un dios.
- tibor.** Vaso grande de barro, de China
o el Japón.
- toesa.** Antigua medida francesa de longi-
tud que equivale a 1 946 metros.
- yacaré.** Caimán de color verde oscuro,
con el hocico redondeado, que vive en
ríos y pantanos de Sudamérica.
- zumaya.** Ave rapaz nocturna, pequeña,
parecida al búho, de color pardo gri-
sáceo con manchas blancas, con dos
mechones de plumas a ambos lados de
la cabeza, y pico corto y curvado. Su can-
to es monótono y muy característico.

Bibliografía

- Alberti, Rafael (1966). "Elegía del niño marinero", en *Marinero en tierra*, Buenos Aires, Editorial Losada.
- Arreola, Juan José (2010). "Carta a un zapatero que compuso mal unos zapatos", en *Juan José Arreola*, selección y nota introductoria de Alberto Paredes, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Material de lectura. Cuento contemporáneo, 70).
- Auster, Paul (2015). "Metereo" (fragmento), en *Poesía completa*, traducción de Jordi Doce, México, Seix Barral.
- Bergen, Véronique (2007). "El color piensa letra y goza luz" (fragmento; para esta edición con el título "Color"), en *Poetas belgas en lengua francesa*, traducción de Stefaan van den Bremt y Marco Antonio Campos, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Borges, Jorge Luis (2011). "Ajedrez" (fragmento), en *Poesía completa*, Barcelona, Lumen.
- Bracho, Coral (2010). "Mariposa" y "El canto del gallo" (para esta edición con el título "Huellas de luz"), en *Huellas de luz*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Voz Viva, 112).
- Bradbury, Ray (1983). "El dragón", en *Los cuentos de «El Cuento»*, compilación de Edmundo Valadés, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Textos de humanidades, 29).
- Callita e Dimna* (1983). "El religioso y la jarra de miel" (fragmento; para esta edición con el título "La jarra de miel"), en *Antología de la literatura infantil española*, tomo 1, prólogo y selección de Carmen Bravo-Villasante, Madrid, Editorial Doncel. Adaptación de Sharon De la Torre.
- Campo, Rafael Martín del (2020). "Monos", en *Animales mexicanos, aves y mariposas*, México, Consejo Nacional de Fomento Educativo.
- Carrington, Leonora (2013). "Juan sin cabeza", en *Leche de sueño*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Castro, de Rosalía (1993). "Las campanas", en *En las Orillas del Sar*, Madrid, Akal.
- Cortázar, Julio (2016). "Discurso del oso", en *Historias de cronopios y de famas*, México, Debolsillo.
- Cuesta, Jorge (2010). "Anatomía de la mano" (fragmento; para esta edición con el título "Mano"), en *Jorge Cuesta. Antología*, selección y presentación de Adolfo Castañón, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Material de lectura. Poesía moderna, 12).
- Darío, Rubén (1984). "Filosofía", en *Poesías completas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Diego, Eliseo (2008). "Un buen sueño", en *Un libro con muchos gatos*, selección, notas y prólogo de Enrique Pérez Díaz, La Habana, Ediciones Unión.
- "El murciélago", relato tradicional zapoteco. Adaptación de Sharon De la Torre.
- "El rey del desierto" (1996). En *Así cuentan y juegan en la tierra del venado*, México, Consejo Nacional de Fomento Educativo.
- Esparza Soriano, Josefina (2015). "Peces de colores", en *Camino del haikú. Ensayos y poemas. Antología hispanoamericana*, selección de Agustín Jiménez, México, Ediciones El Tucán de Virginia-Secretaría de Cultura-Gobierno de la Ciudad de México.
- Fernández de Lizardi, José Joaquín (2011). "La tortuga y la hormiga", en *Fábulas*, México, Editorial Péndola.
- Frenk-Westheim, Mariana (1997). "Una fábula", en *Y mil aventuras*, México, Universidad Autónoma Metropolitana.
- García Lorca, Federico (1983). "Romance de la luna, luna", en *Romancero gitano*, México, Editorial Época.
- Gómez Herrera, Renato. "Vida de insecto" (fragmento), en *¿Cómo ves?, Revista de Divulgación de la Ciencia de la UNAM*, núm. 72, noviembre de 2004.
- Góngora, Luis de (2009). "Ándeme yo caliente y riase la gente" (fragmento), en *Antología poética*, edición de Antonio Carreira, Barcelona, Crítica.

- Gorostiza, José (1964). “¿Quién me compra una naranja?”, en *Poesía*, México, Fondo de Cultura Económica.
- “Grillo y la yegua perdida” (1988). En *Así cuentan y juegan en los altos de Jalisco*, México, Consejo Nacional de Fomento Educativo.
- Hernández, Miguel (2010). “El Potro Oscuro”, en *Miguel Hernández: la sombra vencida, 1910-2010*, vol. 1, coordinación de José Carlos Rovira Soler Árbol y Carmen Alemany Bay Árbol, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales-Comisión Nacional del Centenario del Nacimiento de Miguel Hernández.
- Huerta, Efraín (1990). “Ángel I” y “Ángel II”, en *Poemínimos*, México, Verdehalago-Ediciones La Rana.
- Huerta Norberto, Rubí Celia (2020). “Ireta” y “Pueblo”, recuperado de <https://www.mexicodesconocido.com.mx/poemas-lenguas-indigenas-en-mexico.html> (Consulta: 4 de abril de 2020).
- Kafka, Franz (1967). “El deseo de ser piel roja”, en *La condena*, traducción de J. R. Wilcock, Buenos Aires, Emecé.
- “La conquista del fuego” (1969). En *Pueblos y leyendas*, Barcelona, Teide.
- Le Guin, Ursula K. (2020). “Querido lector”, en *Un poema al día, para que quienes puedan se lo pongan encima y lo atoren en la memoria*, selección de Felipe Garrido, México, Miguel Ángel Porrúa-Academia Mexicana de la Lengua-Creadores Eméritos Fonca.
- Leñero, Carmen (2019). “Serpiente de fuego”, en *Monstruos mexicanos*, México, Secretaría de Cultura.
- Lizalde, Eduardo (2007). “La rosa es como un león recién nacido” (fragmento; para esta edición con el título “Rosa”), en *A la caza del tigre. Antología personal*, edición de Marco Antonio Campos, México, Visor.
- López García, Nadia (2020). “Ntuchinuu / Ojos”, recuperado de <https://www.mexicodesconocido.com.mx/poemas-lenguas-indigenas-en-mexico.html> (Consulta: 4 de abril de 2020).
- Lovecraft, H.P. (2018). “El horror de Dunwich” (fragmento), en *Los pilares de Cthulhu*, Madrid, Alianza Editorial.
- Lozano, Rafael (2015). “Tarde”, en *Camino del haikú. Ensayos y poemas. Antología hispanoamericana*, selección de Agustín Jiménez, México, Ediciones El Tucán de Virginia-Secretaría de Cultura-Gobierno de la Ciudad de México.
- Melville, Herman (1984). *Moby Dick o La Ballena*, (fragmento; para esta edición con el título “Moby Dick”), tomo II, traducción de Guillermo Guerrero, Hugo E. Ricart y Alejandro Rosa, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades (Nuestros clásicos, 18).
- Mistral, Gabriela (2012). *Blanca Nieve en la casa de los enanos*, Bilbao, Amanuta.
- Monterde, Francisco (2015). “Puente”, en *Camino del haikú. Ensayos y poemas. Antología hispanoamericana*, compilación de Agustín Jiménez, México, Ediciones El Tucán de Virginia-Secretaría de Cultura-Gobierno de la Ciudad de México.
- Monterroso, Augusto (1973). “El perro que deseaba ser un ser humano”, en *La oveja negra y demás fábulas*, México, Joaquín Mortiz.
- _____ (1991). “Nube”, en *Lo demás es silencio. La vida y la obra de Eduardo Torres*, México, Ediciones Era.
- Motolinía, Fray Toribio (1989). *El libro perdido. Ensayo de reconstrucción de la obra histórica extraviada de Fray Toribio* (fragmento; para esta edición con el título “Tiyantiztli”), dirección de Edmundo O’Gorman, México, Conaculta. Adaptación de Modesta García Roa.
- Novo, Salvador (2009). “Del pasado remoto” (fragmento), en *Salvador Novo*, selección y nota de Carlos Monsiváis, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Material de lectura. Poesía moderna, 55).
- Nys-Mazure, Colette (2007). “De alta mar”, en *Poetas belgas en lengua francesa*, traducción de Stefaan van den Bremt y Marco Antonio Campos, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ovidio. “Piramo y Tisbe”, versión libre del mito clásico. Guion de Luis Bernardo Pérez e ilustración de Alex Herrerías.
- Parra, Nicanor (2006). “Artefacto”, en *Obras completas & algo † (1975-2006)*, edición y notas de Niall Binns e Ignacio Echevarría, con la colaboración de Adán Méndez, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores.
- Paz, Octavio (2004). “Carta de creencia” (fragmento; para esta edición con el título “Amar”), en *Obras completas. Tomo 12. Obra poética II (1969-1998)*. México, Fondo de Cultura Económica-Círculo de Lectores.

- Pechberty, Bernard (1976). “Los sustitutos”, en Edmundo Valadés, *El libro de la imaginación*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Pessoa, Fernando (2001). “El guardador de rebaños. IX” (para esta edición con el título “El guardador de rebaños”), en *Poesía completa de Alberto Caeiro*, traducción y presentación de Miguel Ángel Flores, México, Ediciones Del Lirio-Verde Halago.
- Pezoa Véliz, Carlos (1983). “El perro vagabundo” (fragmento), en *El perro vagabundo y otros poemas: poesía hispanoamericana del siglo XX*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Pizarnik, Alejandra (2002). “Niña en jardín”, en *Prosa completa*, Barcelona, Lumen.
- Pombo, Rafael. “La pobre viejecita”, en *Obras clásicas de siempre*, México, Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa, recuperado de <http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/Colecciones/CuentosMas/Viejecita.pdf> (Consulta: 4 de abril de 2020).
- Pullman, Philip (2012). “El rey sapo, o Heinrich el de los hierros”, en *Cuentos de los Hermanos Grimm para todas las edades*, traducción de Enrique Murillo, Barcelona, Ediciones B.
- Quiroga, Horacio (2008). “Las medias de los flamencos”, en *Cuentos de la selva. Horacio Quiroga para niños*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Reyes, Alfonso (2002). “Ratones”, en *La minificción en México. 50 textos breves*, presentación y selección de Lauro Zavala, México, Universidad Pedagógica Nacional.
- Rig Veda (fragmento) (2010). Traducción de Juan Miguel de Mora, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Ritsos, Yannis (2008). “Calor”, en *Yannis Ritsos*, selección, traducción y nota de Jaime Nualart, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Material de lectura. Poesía moderna, 163).
- Riva Palacio, Vicente (1997). “Las gotas de agua”, en *El nido de jilgueros y otros cuentos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Sabines, Jaime (1995). “Caprichos”, en *Nuevo recuento de poemas*, México, Joaquín Mortiz.
- Saramago, José (2007). *Las pequeñas memorias* (fragmento), México, Alfaguara.
- Silva y Aceves, Mariano (2002). “El componedor de cuentos”, en *La minificción en México. 50 textos breves*, presentación y selección de Lauro Zavala, México, Universidad Pedagógica Nacional.
- “Sung Ting atrapa a un fantasma” (1979). En *No temer a los fantasmas. Relatos*, Pekín, Instituto de Literaturas de la Academia de las Ciencias Sociales de China-Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- Szyborska, Wislawa (2008). “Despedida de un paisaje”, en *Poesía no completa*, edición y traducción de Gerardo Beltrán y Abel Murcia, México, Fondo de Cultura Económica.
- Tablada, José Juan (1991). “Li-Po” (fragmento; para esta edición con el título “Caligrama”) en *Obras completas I. Poesía*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- _____ (2008). “La luna”, en *José Juan Tablada*, selección y presentación de Héctor Valdés, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Material de lectura. Poesía moderna, 33).
- Tagore, Rabindranath (1984). “En las playas”, en *Lecturas clásicas para niños*, México, Departamento Editorial de la Secretaría de Educación.
- Tolstói, León (2017). “Dos amigos”, en *Cuentos para niños*, traducción de Selma Ancira, México, Secretaría de Cultura.
- Verne, Julio (2009). *Viaje al centro de la Tierra* (fragmento), traducción de Marie Mersoye, Barcelona, Plutón Ediciones.
- Villaurrutia, Xavier (2010). “Poesía” (fragmento), en *Xavier Villaurrutia. 15 Poemas*, selección y nota introductoria de Octavio Paz, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Material de lectura. Poesía moderna, 15).
- Vitale, Ida (2018). “Escribir”, en *Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- Wilde, Oscar (2015). “El hombre que contaba historias”, en *Los mejores cuentos para niños de Oscar Wilde*, Madrid, Editorial Verbum.

Créditos iconográficos

- Mariana Alcántara, pp. 31, 62, 82-83, 116
- Diego Álvarez, pp. 40, 42-43, 46, 48-53, 64, 66-70, 97, 117, 120-121
- Israel Barrón, pp. 54-55, 80, 118-119, 144, 146-147
- Patricio Betteo, pp. 22-23
- Ángel Campos, pp. 45, 60-61, 136
- Julián Cicero, pp. 12-14, 73, 78-79, 124, 126-127
- Juan José Colsa, pp. 10, 28, 30, 76-77, 84, 86-90, 132-133
- Julia Díaz Garrido, pp. 81, 98-99, 152-153
- Paloma Díaz, pp. 122-123
- Isidro Esquivel, pp. 134, 150-151
- Ixchel Estrada, p. 38
- Ricardo Figueroa Cisneros, pp. 26-27, 74-75, 138, 140-142
- Alex Herrerías, pp. 56-59
- Claudia Legnazzi, pp. 32-37
- Diego Molina, pp. 24-25
- Claudia Navarro, p. 15
- Gabriela Podestá, pp. 39, 71, 108-111, 113, 115
- Tania Recio, pp. 8-9, 44, 72, 92, 105, 106-107, 129-131, 135, 143
- Luis San Vicente, pp. 16-21, 100-104
- Mauricio Torres Rivera, pp. 94, 96
- Cecilia Varela pp. 148-149

Colofón